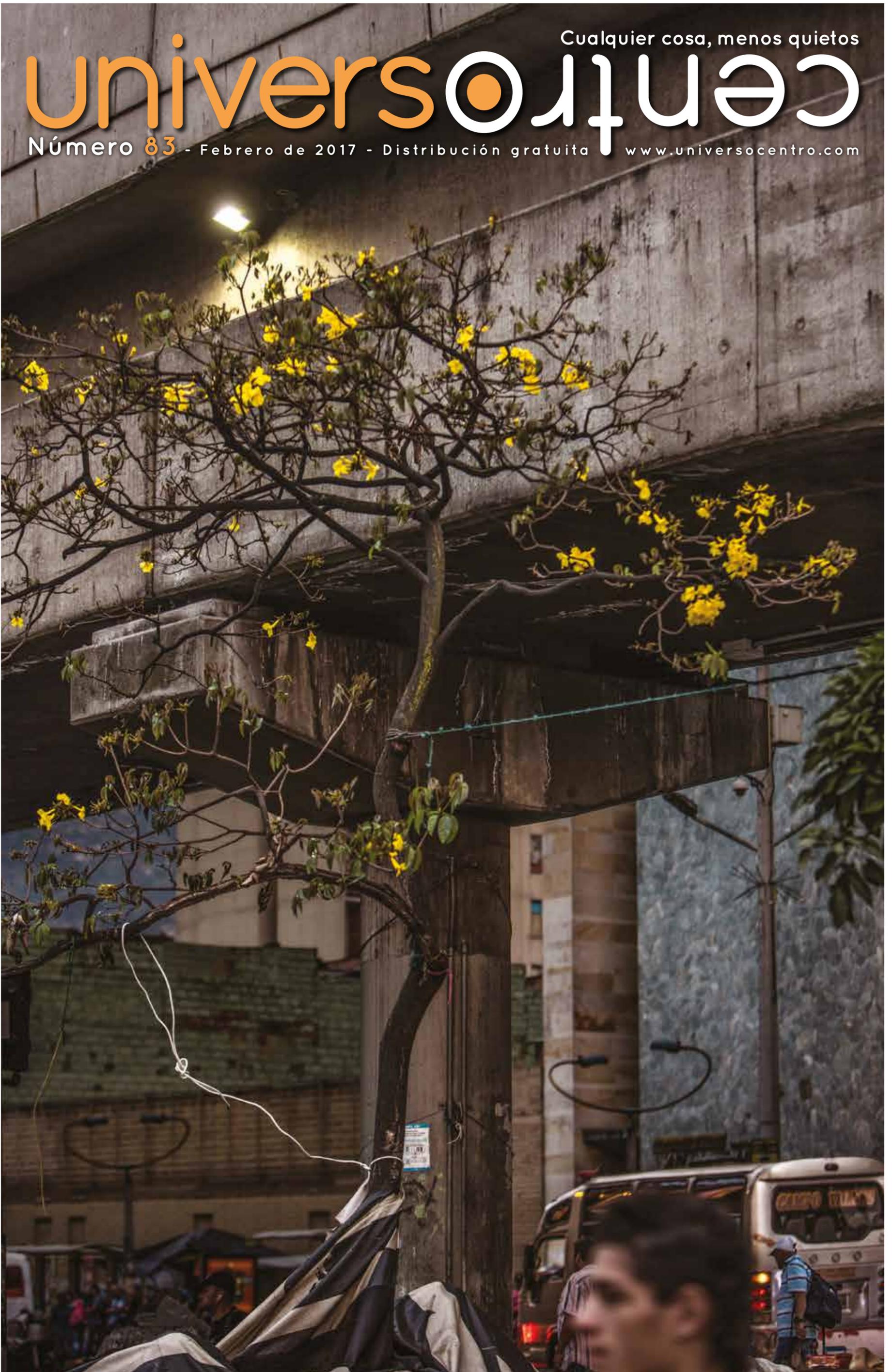


Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 83 - Febrero de 2017 - Distribución gratuita www.universo centro.com



8

Bajar al Centro

10

Historia de dos jardineros

12

La lengua

14

No lean más de eso, por favor

18

Arquitectura del crimen

21

En bicicleta hasta Macondo

26

MED & REC



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora Meléndez

- Guillermo Cardona

- David E. Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaría Bedoya

- María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

- Gloria Estrada

ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 83 - Febrero 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

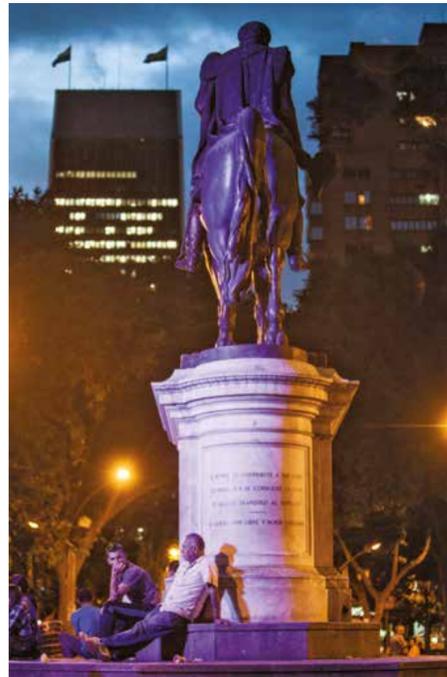
universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M



Llamado en voz baja



El centro de todas las meadas. El mapa de los cruces tenebrosos. El ejemplo del aire imposible. El parque de los indeseables. El terror de los desprevenidos. El hogar de los desocupados. El dilema de los habitantes. El coco de quienes viven y duermen en las orillas.

El Centro lleva años de intervenciones, diagnósticos y reanimaciones. Y siglos de rutas obligadas. La parrilla de este valle estrecho que pasó de los cantares de la ciudad modosa en los cuarenta a los raudales de nuestro tiempo.

Casi siempre se mira el Centro desde arriba. Sus locales muertos, sus crímenes, las rutas de buses y colectivos. Se busca a los urbanistas y a los policías. Se propone una gran intervención o un gran operativo. Más amplitud y menos jibaros es la consigna. Tal vez sea más útil poner tres o cuatro alfileres atractivos sobre el mapa. Sin las vallas de la policía ni las demoliciones.

Algunos expertos proponen una revolución tan grande como la que empujó al Centro a ser la simple Comuna 10. Un número inspirador al menos. Desde aquí desconfiamos de las soluciones solemnes, de las maquetas, de los sueños de los reformadores. Se puede trabajar con lo que hay.

El Parque Bolívar, centro de ideas graves desde hace cien años largos, puede ser un buen ejemplo de puntadas sencillas para agitar un poco el corral sin verja que hoy lo habita. En la esquina suroccidental está la casa que fue de Pastor Restrepo. Fachada de las primeras fotos. En 1858 Pastor fundó con su hermano el laboratorio fotográfico Wills i Restrepo y se convirtió en una especie de mago en el pueblo que acataba el ver para creer. Esa casa, ese hermoso palacete de buhardillas, es ahora un fantasma detrás de un caucho gigante y un CAI diminuto. Sería un hermoso museo de memoria visual de la ciudad. Un perfecto cuarto oscuro para que se hiciera la luz en el Parque Bolívar.

Al frente, en la esquina suroriental, está el Teatro Lido luciendo sus 72 años. Ahora es una envidiable sala de ensayo. Fue gran teatro de variedades y elegante teatro de estrenos en el cine. Vive de puertas para adentro. No lo acompaña la retrata porque los músicos se sindicalizaron y no trabajan fin de semana. Solo la Dany sigue trabajando domingos y festivos. Un parque de fachadas y emboscadas.

Bolívar muerto bajo el megáfono de los evangélicos desganados, las crispetas de siempre, un tambor que busca unas monedas y cuatro hombres de biblia que discuten como si se fuera a acabar el mundo.

Una casa venerable con la historia de Medellín en imágenes, un teatro que programen tres o cuatro organizaciones que hayan mostrado una escena y una idea. Una fuente que no parezca cultivo de algas y deje oír su viejo silbido que refresca desde 1968. Una puerta de la Catedral Metropolitana que ha querido mostrar sus tesoros con la ayuda del municipio. Los policías dejan de cuidar el CAI y cuidan los copones venerables. Casa de fotos, teatro al público, fuente cristalina, tesoros eclesiásticos, el Girabar, La Polonesa y la promesa de Barbacoas en la culata de la Catedral. Lo que podría lograr algún movimiento en el antiguo feudo de Tyrrel Moore.

Menos taladros, menos policías. ©

make America great again



Jack Kerouac, 1958.

Retrato proletario

Una joven alta sin sombrero con delantal

Su pelo recogido atrás parada en la calle

Un pie en calcetín la punta en la acera

Su zapato en la mano. Mirando atentamente adentro

Le saca la plantilla de papel para dar con el clavo

Que la ha estado lastimando.

William Carlos Williams, 1935.

Estos son tiempos excitantes

[Fragmento]

[...]

Estos son tiempos excitantes para los directores de periódicos: la Historia se está haciendo; la humanidad está en marcha. El acueducto más largo del mundo está ya en construcción; los Comités de Drenaje de Aguas y Preservación de Suelos van pronto a publicar un informe mixto; aun los problemas de los Ciclos de Comercio y los Precios en Espiral son considerados por los expertos como prácticamente resueltos; y las recientes restricciones a los judíos extranjeros y librepensadores comienzan a tener un efecto saludable en la opinión pública. Cierto, los mares occidentales aún están infestados de piratas, y el creciente poder de los bárbaros del Norte no deja de inquietarnos un poco; pero ya nos hemos puesto activos ante esos peligros; estamos rápidamente armándonos; a ambos trataremos con los métodos convenientes; y unidos después en razón de la ganancia común y el derecho común, nuestro gran imperio estará seguro por mil años.

W. H. Auden, 1940.

Los vagabundos del Dharma

[Fragmento]

Tengo la mochila preparada y es primavera, voy a ir al Sudoeste, a las tierras secas, a la extensa y solitaria región de Texas y Chihuahua y a las alegres calles nocturnas de México, con música saliendo por las puertas, chicas, vino, yerba, grandes sombreros, ¡viva! ¿Qué importa? Como las hormigas, que no tienen nada que hacer y se pasan el día entero atareadas, yo no tengo que hacer nada más que lo que quiera y ser amable y, con todo, mantenerme sin influencias de las consideraciones imaginarias y rezar por la luz.

América

[Fragmento]

[...]

Estoy hablando contigo. ¿O acaso vas a permitir que nuestra vida emocional sea dirigida por la revista Time? La leo cada semana. Estoy obsesionado con la revista Time. La leo cada semana. Su portada me mira cada vez que giro la esquina de la tienda de golosinas. La leo en el sótano de la biblioteca pública de Berkeley. Siempre me habla sobre responsabilidad. Los hombres de negocios son serios. Los productores de películas son serios. Todo el mundo es serio menos yo. Y me da por pensar que yo soy América. Estoy hablando solo otra vez.

[...]

América, en realidad tú no quieres la guerra. América, son ellos los rusos malos. Los rusos, los rusos y también los chinos. Y los rusos. Rusia quiere comernos vivos. El poder loco de Rusia. Quiere sacar nuestros coches de nuestros garajes. Quiere llevarse Chicago. Necesita un Reader's Digest Rojo. Quiere tener nuestras fábricas de coches en Siberia. Con su enorme burocracia controlando nuestras gasolineras. Y eso no es bueno. Argh. Ellos enseñar a Indios a leer. Necesita grandes negrazos. Ahh. Ella hacernos trabajar dieciséis horas al día. ¡Socorro! América, esto es algo bastante serio. América, esta es la impresión que te llevas al ver la televisión. América, ¿Son así las cosas? Mejor debería irme al trabajo. Es verdad que no me quiero apuntar al ejército o manejar un torno en fábricas de repuestos.

De todos modos soy miope y psicópata.

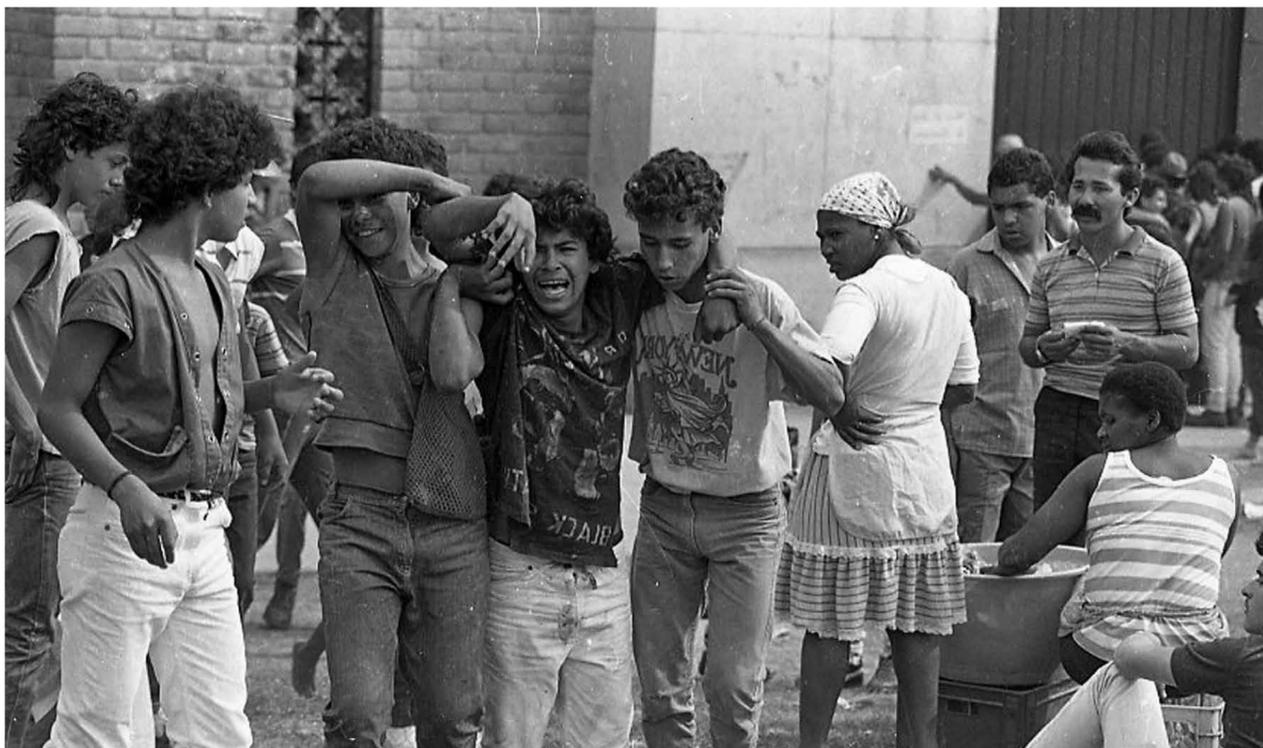
América, trataré de arrimar mi hombro de maricón a la rueda.

Allen Ginsberg, 1956. ©

LA BATALLA DE LAS BANDAS

por FELIPE HINCAPIÉ

Fotografías: Archivo El Mundo



El éxito que tenía Súper Concierptos JIV Limitada había llegado al punto de manejar dos emisoras, una columna en uno de los diarios más reconocidos del país y tener a todos los grupos locales a su favor. Después del histórico concierto de Argus, Raúl Velásquez tuvo la idea que marcaría la historia tanto para ellos como para el rock paisa en general. Raúl, Jairo Álvarez, Carlos Alberto Acosta y Vicky Trujillo comenzaron a idearse el concierto La Batalla de las Bandas.

La idea inicial era tratar de abarcar todos los grupos locales y géneros posibles para promocionarlos y posicionarlos, pues se miraba mucho hacia el ámbito internacional pero no se tomaban en serio los grupos locales. Un gran concierto que uniera a los rockeros en la Plaza de Toros La Macarena, lugar que ya tenían como referente.

“Empezamos el proceso, comenzamos a hablar de eso en el programa de radio y aparecieron muchas bandas interesadas en participar”, recuerda Jairo Álvarez. “Nos dimos a la tarea de ir a visitar todas las zonas donde ensayaban, todos los barrios donde estaban las bandas para seleccionar las que iban a participar”.

Jairo y Vicky eran los encargados de las audiciones y de calificarlos. Un día, cuando ya estaban seleccionadas la mayoría de las bandas, apareció un grupo de punkeros que se sentían relegados. Raúl Velásquez, como representante del evento, luego de hablar con ellos les dio la razón, por lo que abrió dos espacios más de los que tenía planeados.

Jairo Álvarez, quien fue el primer vocalista y manager de Kraken, así lo recuerda: “Kraken era como el gran referente en ese momento y la mitad de los rockeros los adoraban y la mitad los odiaban, entonces creó un ambiente muy curioso alrededor de La

Batalla porque más allá de una manifestación cultural era una manifestación social. Había muchas bandas de punk, de metal, de hardcore, y que al final fueron seleccionadas, luego de más o menos seis meses de preparación y selección, les escogimos salas de ensayos donde les dimos instrumentos un poco más adecuados para que pudieran practicar y tener una mejor calidad a la hora de la presentación”.

Era la primera vez que se vinculaba un medio de comunicación como copatrocinador de un evento de rock. El periódico *El Mundo* fue, además de algunas empresas privadas, el que impulsó la realización del concierto. Era una apuesta segura, por lo que dineros privados y algunos personajes políticos se mostraron interesados en colaborar en algo realizado para los jóvenes. Así lo recuerda Carlos Alberto Acosta: “Esos personajes políticos salieron muy aburridos porque casi los linchan apenas se montaron al escenario y comenzaron a hablar. La verdad es que los odios entre los distintos géneros musicales, sobre todo los más radicales como los metaleros y los punkeros, hacia otros géneros como el rock heavy, el rock estándar y el pop, eran muy fuertes, entonces ahí no hubo ninguna convivencia. Fue una real batalla entre los seguidores de unos géneros tratando de matar a los otros”.

Como organizadores, el hecho de haberle puesto La Batalla de las Bandas a un evento que pretendía fomentar la convivencia sí les llamó la atención, al punto de querer cambiarlo días antes del evento por Encuentro de Bandas. Era demasiado tarde, la mayoría de la publicidad ya estaba impresa.

El mito decía que el concierto se iba a acabar cuando tocara Spol o cuando tocara Kraken, que eran los grupos “caspa”, los que la mayoría de la gente de los barrios populares no quería escuchar.

El cartel

Fueron ocho agrupaciones en total, y la dinámica del concierto era generar una votación para que las bandas más populares entre dos categorías, expertos y novatos, ganaran un disco. Además, se esperaba sacar un videoclip de los grupos ganadores y un registro completo del concierto para ser transmitido en televisión nacional.

El orden pretendido para esa tarde era Spol, Glostergladiator, Danger, Mierda, Excalibur, Parabellum, Lasser y Kraken.

A diferencia de Ancón, los pormenores técnicos ya estaban listos: una tarima de dieciséis por ocho metros, cincuenta personas de logística controladas por Javier Betancourt, quien había trabajado anteriormente con Alice Cooper. La boleta se podía comprar en el almacén de JIV Limitada y en otros seis puntos de la ciudad. Todo estaba listo para aquel sábado 23 de marzo de 1985, el día de La Batalla de las Bandas.

Primeras horas

Como si de un presagio se tratara, la temperatura en Medellín aquel sábado estaba en uno de sus puntos más altos. Treinta grados acompañaban a la ciudad en aquellos tiempos sin fenómeno de El Niño. Mientras las personas del común buscaban la sombra y se abanicaban con lo que tuvieran a la mano, los jóvenes rockeros aguantaban el sol mientras hacían la fila afuera de la Plaza de Toros La Macarena.

Algunos, como en Argus, llegaban ebrios a la requisita antes de entrar, pues sí la policía les detectaba la bota o el litro de cualquier licor lo vaciaba en un considerado río de vicios. El capitán Acevedo se aseguó de que toda persona que pasara al recinto fuera

requisada hasta en las partes más íntimas con el fin de buscar productos *non sanctos*, tal como lo relató el periódico *El Mundo* que reseñó el concierto días después en el artículo “Una expresión de libertad... ¡vigilada!”: “En aprietos se vieron los uniformados para revisar todos los bolsillos y los bolsillitos, todas las billeteras y todas las mochilas de todos los rockeros asistentes. En un rincón de cada entrada empezó a crecer el cúmulo de periódicos, cadenas, navajas, botellas, chapas, al lado de una que otra bola de marihuana. La muchachada solo esperaba cumplir con la humillante requisita para correr desenfrenada hacia las graderías, y regresar más rápido a buscar la arena de la plaza, porque era allí que se vivía la vida. Los más ‘serios’ se quedaron en los tendidos, disfrutando el espectáculo con el vino que llevaron en una bolsa plástica, o en una bota que no les decomisaron porque le repitieron cincuenta veces al agente, en la puerta, ‘somos una parejita sana’. En el ruedo, centenares de jóvenes se jugaban la vida, como toreros. Le hacían el quite a la rutina, agarraban a estocadas los convencionalismos y entraban a matar todo lo que estorbara su libertad. Otras veces parecían gladiadores venidos de otros circos y otras Romas, semivestidos, plétóricos de tachos y de hebillas y de colores. (...) Y al final de cada intervención, miles de manos alzándose hacia el cielo, coronadas con una ve y ambientadas con gritos como descargas de infernales artillerías. Por no hablar de las bandas. Alguien imitaba a alguien en el fervor y en la mística del rito-rockero-musical-vital”.

Con el ambiente pesado y los nervios del primer gran concierto, Spol se apoderó de sus instrumentos y se encargó de abrir el concierto. Los altoparlantes, hasta ese momento utilizados para dar indicaciones, se llenaron de un rock suave que levantó nuevamente las silbatinas. Era un público difícil, y al notar que la primera canción del grupo no sería la estridencia que fueron a escuchar, comenzaron a volar las primeras piedras y cúmulos de arena.

Más que una presentación musical lo de Spol fue un acto cirense, pues la gran atracción fue ver a su cantante tratar de cantar mientras se defendía de los objetos voladores. El acto duró una canción, precisamente hasta que una pedrada en el ojo le avisó al vocalista que debía bajarse de allí, en medio del abucheo y el grito generalizado: “¡Caspa, caspa, caspa!”. El segundo en escena fue Glostergladiator, que usó las palabras mágicas para que el público comenzara a bailar: “Sigue el metal”. No importó el ritmo sincopado, la arritmia musical ni la estridencia, el público por fin estaba feliz. El vocalista no paraba de alentar con frases como “el heavy es la solución” y “que seamos polvo”. Algo de poder tuvieron sus frases,

pues el polvo tomó vida propia y la arena de la Plaza se volvió una nube que tapó a todo el público de abajo.

“Hubo muchísimo calor, y cuando la gente empezó a brincar se levantó un arenero de tal magnitud que la gente no veía el escenario, y nosotros desde la tarima no veíamos la arena, del polvo que había”, recuerda Jairo Álvarez. “Tocó llamar a los soldados para que mojaran la arena, y la gente aprovechó para mojarse, se volvió una gran fiesta, pero mientras se armó todo ese desorden siguió el concierto y el caos no se hizo esperar”.

Danger se encargó de volver a caldear la plaza. Aunque el sonido era malo, y la voz del grupo se escuchaba gangosa, un cover de Judas Priest hizo delirar al público, al punto de que uno de los aficionados se subió a darle un abrazo al cantante. “Gracias Medellín por ponerle sangre”, gritó el líder de la banda, despidiéndose, sin imaginar lo que se vendría unos cuantos minutos después.

El error clave estuvo en el momento en que se le permitió subir al escenario a un grupo llamado Mierda, cuyo propósito, según ellos mismos, no era ni el amor, ni la armonía, ni la belleza. Representante del ultra metal, el vocalista subió maquillado con sangre e incitando a la gente a insultar, a ser irreverentes y a no dejar nada en pie. “Crucificadme” y “Satanás está entre nosotros” fueron algunas de las frases que desde el micrófono tentaron a la suerte.

El ambiente se volvió tan tenso que tras la presentación de Mierda hubo un receso no programado. Mientras algunos se abrazaban, otros trataban de limpiarse la polvareda, buscar a los amigos e hidratarse, pues la temperatura seguía por las nubes.

Excalibur, aunque era metal, pecaba por no ser del grupo ultra metal. Tal y como le pasó a Spol, fueron apedreados una vez se subieron al escenario, por lo que decidieron bajar sin dar todo su potencial. Una parte del escenario ya había sido reventado, lo que auguró que la presentación de Kraken, el verdadero “florero de Lorente”, sería una catástrofe. Sin embargo, antes del grupo de Elkin Ramírez se debía presentar Lasser, y antes de estos dos el turno era para el grupo más esperado por el público. No había terminado Excalibur y ya se oía el grito generalizado de “Parabellum, Parabellum”.

La visión de Parabellum

Aunque Ramón Restrepo, vocalista de Parabellum, sabía que ellos representaban el género musical del ultra metal, hoy día cree que en la presentación de ese día hicieron lo que tenían que hacer.

Estaban tras bastidores, y ya había llegado el rumor al camerino de que el ambiente afuera estaba

pesado. Tal situación no les era indiferente ni extraña, pues el público que asistió a La Batalla de las Bandas ese día era su público habitual.

Sus letras eran fuertes, pero no creyeron nunca que fueran un detonante incitador para acabar con el concierto. Querían hablar sobre la lucha contra el comercio musical, contra la música caspa, vendida al mejor postor, contra aquellos que para ellos no hacían nada significativo con las canciones que creaban, pero eran las letras de sus canciones, era la forma con la que interactuaban con su público, era su filosofía de vida.

“Parabellum, en esas épocas, confrontando lo que era la religión, la política, la misma existencia, la guerra y el comercio musical, hizo que la gente entendiera y se saciara hasta un punto máximo. Quedaron a gusto, al punto que no querían escuchar más. Después de que la banda tocó la gente no quería más concierto, ya no necesitaban más sonidos en sus oídos, se generó un caos. Además, luego venían unas bandas que en ese momento, por el pensamiento radical de la gente, no eran aceptables, porque los consideraban muy comerciales. Bandas locales, bandas nuestras, que en esa época eran consideradas caspas y que ahora son respetadas y se reconocen como parte de la historia de nuestra música, pero en ese momento no lo eran. Se supone que nosotros ganamos La Batalla de las Bandas y merecíamos el disco. Igual el sentido no era ese, el propósito no era ganarnos esa grabación, al fin y al cabo el ultra metal o el metal de esa época era muy *underground*; preferíamos hacer las cosas por nuestros propios medios encima de que nos la regalaran, aunque si nos la daban tampoco la íbamos a rechazar”, cuenta Restrepo recordando ese día de tarima.

Parabellum se montó al escenario gritando que había llegado el metal, que se prepararan todos para la presentación más impactante de la tarde. Hasta los policías dejaron de bostezar para ponerse alerta tanto con el grupo como con aquellos que desde la arena comenzaban a tirar guijarros a los de las graderías que, se suponía, eran los que no querían estar en el alboroto.

El público enardeció, y las paredes maltratadas a lo largo del día ya se habían astillado. La pared del escenario era negra, de cuatro metros de alto y con los cantantes de Parabellum en su cúspide, lo que no fue obstáculo para uno de los asistentes que, ayudado por otro, escaló con el único fin de abrazar a Ramón.

Ricardo Aricapa, en su crónica “Rock y Anarquía”, así lo reseñó: “Subterráneo, como herido de muerte, surge de las esquinas de los barrios populares de Medellín ese grito hondo y desgarrado del cantante del grupo Parabellum; un alarido como el de un degollado que se riega airoso y contagioso por la plaza estrechando cuerpos y levantando polvareda, a pesar





de los bomberos, que con sus mangueras no pudieron sofocar del todo ese incendio juvenil”.

Faltaban por tocar Lasser y Kraken, pero como Parabellum era el último grupo representante del ultra metal, para algunos, el concierto había terminado.

“Y llegó Lasser. Ahora los ánimos tenían el mismo volumen de los altoparlantes. En los tendidos seguía el entusiasmo, pero dosificado, la gente en general tiraba juicio. Buena parte de los de la arena ya andaban volando. Y volando bajo”, escribió Aricapa ese 1985.

Lasser tuvo la misma suerte que Excalibur y Spol, pues lo poco que estuvo en tarima fue para luchar por su vida. Las piedritas comenzaron a volar por todo lado con mayor frecuencia, y la tarima, con los golpes en la pared que la sostenía, ya no era un lugar seguro.

Juan Fernando Trujillo había decidido desde el principio del concierto ir al balcón, pues no era allegado al metal ni al ultra metal. Necesitaba un espacio sin congestión y donde pudiera ver el fenómeno tranquilamente: gente en la arena bailando, corriendo, pogueando y gritando cualquier cantidad de cosas a los que estaban cerca de él.

Ya se habían tirado diferentes tipos de objetos desde abajo hacia las gradas, pero quizás el primer gran motivo de la guerra que se formaría fue un baile de una persona en las graderas. La gente lo recuerda de muchas maneras: que fue un tipo que empezó a bailar de forma homosexual, que los de las gradas comenzaron a gritarle cosas a los que estaban tirando cosas, que nadie bailó nada, que todo empezó con Spol, que todo empezó con Lasser. En todo caso, Juan Fernando Trujillo asegura haber estado diagonal a la mujer de pañoleta roja que empezó a bailar con pasos de Jhon Travolta. En las tribunas, desentendidos del concierto, comenzaron a animar a la mujer, hasta que el alboroto fue tal que los que estaban en la arena se dieron cuenta, y le lanzaron a aquella mujer de pañoleta todo lo que tuvieron al alcance: chitos, papietas, guijarros, arena y bolsas llenas de quien sabe qué cosas.

Como es natural, las personas de arriba comenzaron a responder, y el evento perdió el poco sentido que le quedaba. Cada uno de los involucrados en la guerra comenzó a despicar piedras de las estructuras con las botas y las comenzaron a tirar. Los dos hombres que manejaban el sonido se tuvieron que refugiar en los tornamesas mientras se cubrían con los bafles y las telas negras del escenario.

Ricardo Aricapa terminó su reseña así: “Era una verbena robada a esta ciudad voraz donde ya no quedan resquicios para los sueños, la que sin embargo no se aprovechó plenamente porque lo que se había anunciado como un grito de libertad de las bandas y de los súbditos del rock de Medellín; lo que se esperaba que fuera una batalla fraternal entre metaleros, terminó en una batalla de guijarros entre el público. Y fue así como el altar del rock fue profanado por esa minoría sin dirección que parece empeñada en masacar todos los valores; por esa franja marginal de la cultura urbana que el sábado asistió masivamente a La Macarena. Confieso que sentí temor por mi vida cuando el ruido y las tribunas se desocuparon en estampida; cuando ya había varios heridos. Fueron diez minutos malos en los que cualquier cosa pudo haber pasado en La Macarena. La gente pedía música y paz, pero los vándalos hacían la guerra. Todos queríamos que el concierto siguiera, pero no había por dónde porque se había desatado una situación absurda que ya no tenía reversa. En esas estábamos cuando llegó la policía, que bolillo en mano desocupó la plaza en cinco minutos. En el tráfago de la salida precipitada, pude ver otra vez al joven de la foto. Iba más trabado y ausente, sin darse cuenta de que en el fondo del callejón sin salida en el que se encuentra él y esa juventud que no quiere ver perjudicada está la policía esperando”.

El capitán Acevedo y sus 48 hombres se adentraron a la gradera donde estaba Juan Fernando Trujillo y la chica de la pañoleta. Mientras unos iban de manera pacífica a calmar el alboroto, otros, con bolillo en mano, aumentaron la tensión.

La mayoría de esos catorce mil asistentes habían salido de la Plaza de Toros en los diez minutos posteriores al suceso. Los cuerpos descompuestos, empolvados, con ropas desgarradas y botas raídas, en su mayoría, buscaban una forma de regresar a su hogar, mientras otros se dedicaban a seguir la pelea y esparcirla por todo el barrio El Naranjal. Tanto fue así que la mujer de la pañoleta roja tuvo que salir corriendo del lugar y montarse al primer bus que pasó por el lugar. Todos vieron partir a aquella mujer en un Floresta San Juan, mientras dejaba atrás todo el caos que, en parte, había provocado.

Muchos, como Juan Fernando, se quedaron en los alrededores de la Plaza por el resto de la tarde. Desprogramados, silenciosos, aletargados, pensativos con lo que había sucedido allí adentro, una parte de ellos quería terminar el concierto, aunque esa opción ya era más que imposible.

¿Y Kraken?

En el camerino aún permanecían Vicky Trujillo, Raúl Velásquez, Carlos Alberto Acosta y Jairo Álvarez, quienes despacharon a los músicos y les ofrecieron disculpas anticipadas a los miembros de Kraken.

Hugo Restrepo, de Kraken, todavía recuerda ese tiempo en el camerino: “No logramos tocar en La Batalla de las Bandas porque todo se terminó antes con el tipo de desorden público que hubo, entonces Kraken no se pudo presentar. No nos vimos en peligro, porque estábamos atrás en el camerino. No fue porque estaban en peligro nuestras vidas, sino que la gente, el público, se estaba agrediendo entre ellos. No siento que hubiera una resistencia a Kraken, lo que se detectó es que fueron riñas personales: la gente que estaba en las tribunas empezó a agredir o a hacer cosas que disgustaron a los de abajo, pero no había una rencilla con ningún grupo. Rencilla después, en un concierto en el teatro al aire libre Carlos Vieco, ahí sí fue una rencilla. Esa del Carlos Vieco fue una experiencia muy negati-

va, mucha gente salió muy malherida, el concierto no se pudo terminar, fue un fracaso para la banda tener que terminar así, escoltados y todo”.

La Batalla de las Bandas se convirtió en una expresión violenta, pues ya había un problema social más grande. Lastimosamente, toda esa música pesada se filtró ahí en el mundo del sicariato, lo que volvió a la época en sí misma un periodo muy oscuro.

Luis Grisales, quien también asistió al evento, aún no es capaz de hacerse una idea de la lógica que tuvo la gente para ocasionar tal grado de destrucción. “En ese instante me di cuenta de algo muy triste, que en realidad la ciudad estaba pasando por un momento muy crítico, un momento de violencia, que uno no lo tiene en la cabeza. ¿Hasta dónde una masa es capaz de agredir a otra? Era un despertar, era ver que las masas eran, y son, idiotas. Si a mí no me gustaba una banda me iba para otro lado o la escuchaba a ver si ahora sí me gustaba, pero yo no tenía esa dimensión, el querer agredir a alguien por música. Con el tiempo es que uno aprende que hay unos problemas de fondo, como se viven ahora esos problemas con las barras futboleras que es algo que no tiene que ver con el fenómeno del fútbol. Si el parqués fuera deporte nacional también nos daríamos bofetadas por el color de las fichas”.

Los reclamos por parte de los contradictores del rock no se hicieron esperar, y, como lo dice Carlos Alberto Acosta, al día siguiente de La Batalla de las Bandas se sabía que se tenía que empezar de ceros. “A partir de eso todo se fue para atrás: ya la Plaza de Toros no la querían prestar, los medios no querían saber nada de rock y los enemigos del género se aprovecharon de eso para difundir más eso de que el rock era satánico, que el rock era promotor del vicio, y lo escribían desde las secciones editoriales. Todos se vinieron encima de La Batalla de las Bandas, y el golpe fue duro”.

El golpe se podía notar desde las mismas reseñas al concierto. Una vez más el texto Rock y Anarquía, de Aricapa, mostró lo que se le vendría encima

al género musical más adelante: “Cuando el reportero gráfico de *El Mundo* se acercó a fotografiar la escena de un muchacho desmayado por exceso de rock y estupefacientes en pleno ruedo de la plaza de toros La Macarena, en el paroxismo de la efervescencia que vivió el sábado la juventud rockera de Medellín, uno de los dos jóvenes que, tan trabados como su compañero caído trataban inútilmente de ayudarlo, enfrentó sin alientos al reportero y con una voz droga y cansada le pidió el favor de que no tomara la foto porque con ella iba a perjudicar la juventud. En su ensueño artificial el jovencito por lo menos logró captar que semejante foto iba a ser el más triste testimonio de una generación extraviada a la cual está atado por manoplas de cuero negro y correas anchas tachonadas con estoperoles; una juventud que se resquebraja en un nihilismo sin brújula; al ritmo metálico del rock y en plácida traba de metacualona, la cocaína de los pobres, porque el rock en Medellín se bajó de clase social y anda regado como una epidemia por los barrios populares de la ciudad. Por eso, los que tuvimos el privilegio de asistir el sábado a La Macarena para ver lo que hace la juventud más atravesada de Medellín cuando tiene un espacio físico para su ritual de rock y droga, vimos en esas miradas hundidas y en esos atendidos insólitos la aidez de la pobreza. Y bajo esos maquillajes estrafalarios vimos también las muchachas más lindas de Medellín danzando sin uno en pleno ruedo”.

El problema del radicalismo se agravaría posteriormente, pues el odio que había hacia Kraken por una parte del público sabotearía un par de eventos más en los años posteriores. El radicalismo llegaría a su punto máximo y su caída en los años noventa, cuando la apertura económica y la llegada de mayor oferta musical volverían absurdo el hecho de pelear por gustos musicales. Como ocurrió con Ancón, luego de La Batalla de las Bandas se vino una época oscura donde tímidamente los grupos volverían a sus zonas de confort: parches pequeños, notas con amigos, cada uno dedicado a lo suyo y los conciertos de garaje que serían pieza clave para el resurgir del género en los noventa. ☺



En el ruedo La Batalla comenzó literalmente y no hubo tiempo de liberar el Kraken. El Titán y sus músicos se quedaron en el camerino. Su ausencia quedó como una marca. Su momento no había llegado.

Bajar al Centro

Mi encuentro con el Centro de Medellín fue el descubrimiento de las ruinas. Había nacido en un pueblo pobre pero bello y me estaba criando en otro bien tenido pero ya embarcado en ese horroroso proceso de cambio que algunos llaman modernización urbana y que describió tan bien Marshall Berman sobre su amada Nueva York.

Mi papá me llevaba —se supone que yo lo acompañaba— a mercar a El Pedrero. No me explico por qué íbamos desde Envigado, “bajábamos” se decía en ese tiempo, pero el caso es que a veces mercábamos allá. El Pedrero era literalmente lo que había quedado del incendio de la plaza de mercado ubicada entre San Juan y Amador, y Carabobo y Cúcuta. Ignoro el caso concreto pero todavía en los años sesenta los incendios eran uno de los dispositivos más usados para modernizar: no había que pedir permisos, abarataban la demolición, se premiaban con primas... una maravilla. En mi memoria están registrados como la forma en que se transformó raudamente el parque de Envigado. El Pedrero era, entonces, un montón de paredes chamuscadas y derruidas a cuyos pies los viejos venteros destechados y los nuevos aprovechados ponían costales y básculas sobre andenes y calles para vender las vituallas.

A una decena de cuadras tenía lugar una escena igual de prosaica pero más optimista. Una gran excavación en La Playa con Junín donde se iría a construir el edificio más grande de Colombia y el símbolo de la pujanza paisa. Estaba rodeada de unos muros nuevos y provisionales llenos de carteles Horche que anunciaban todo tipo de cosas, letreros en brocha que denunciaban otras y decenas de huecos hechos por los noveleros para ver qué estaba pasando allá adentro, allá abajo. Cincuenta metros más adelante Crescencio Salcedo, ciego y sabio, tocaba sus pifanos melancólicos, descreído, supongo, de tantas bellas

promesas. Tendría razón, pues si uno mira las fotos del antiguo Teatro Junín y lo compara con el actual edificio Coltejer se da cuenta de inmediato de la miopía del empresario que tumbaba porque tenía con qué, se llevaba por delante el patrimonio arquitectónico de la ciudad y sembraba una torre que no pasó de atracción y símbolo fugaz. Detrás de él vinieron otros a competir por las alturas.

No pasó mucho tiempo cuando el tornado cogió las viejas calles de San Félix y Caldas y se las llevó dejando un rastro largo de manzanas abandonadas y callejones de espanto entre San Juan y Ayacucho. Se construía la Avenida Oriental que algún administrador intentó —sin éxito, sobra decirlo— que se conociera como Jorge Eliécer Gaitán. Quien sí tuvo éxito fue el Éxito, primero, y después la colonia chochoana que supo aprovechar un espantajo de cemento que se bautizó Parque San Antonio a pesar de que le dio la espalda al tradicional templo del mismo nombre.

Tuvimos un respiro hasta que empezaron las obras del metro. Durante diez años el Centro de Medellín fue asolado desde el salvado puente de Guayaquil hasta el cementerio de San Pedro. Las parálisis, la desidia para adecuar los lugares en construcción y la conducta ciudadana convirtieron el improvisado viaducto en el orinal más grande del mundo. Las fotografías del Centro eran de lo más parecido a las de Beirut, que en esos mismos años era el foco de la llamada Primera Guerra del Líbano. La comparación cobró sentido cuando Pablo Escobar y su pandilla terrorista, convertidos en tiempos de ahora en protagonistas de novelas, sembraron la ciudad de bombas. El investigador holandés Gerard Martin contó sesenta carros bomba y otros 140 atentados con explosivos entre 1988 y 1993. Los más previsivos caminábamos en zigzag para eludir en este andén una estación de policía y en el otro una sede empresarial, pero la arbitrariedad de los narcos podía caer sobre un busto de Guillermo Cano en el Parque de Bolívar o en la Plaza de Toros en Otrabanda.

por JORGE GIRALDO RAMÍREZ

Fotografía: Juan Fernando Ospina

II Cuando se inauguró el metro en 1995 fue como si hubieran encendido la luz en Medellín y nos insufiamos de optimismo. Las razones de fondo estaban en Montesacro, en la tumba del capo; en los procesos de paz consolidados, en la nueva constitución política, en la elección popular de mandatarios locales, pero el metro era el hecho concreto —bien concreto— y tangible que contribuía a marcar un antes y un después en la historia de la ciudad. Hasta el insatisfecho Alberto Aguirre quedó conforme con el estado en que quedó el Parque de Berrio.

Tuvimos paciencia para esperar las adecuaciones urbanísticas en las estaciones del metro, especialmente, la remodelación de la carrera Bolívar. Alcaldía tras alcaldía el Centro siguió siendo objeto de intervenciones puntuales, unas con más sentido que otras. Entre las primeras perviven la Plaza Botero y la peatonalización de Carabobo. Las grúas dejaron puentes, estos dejaron una enorme deuda en los libros de la ciudad; los bulldóceres abrieron vías y arrasaron gran parte del pequeño patrimonio histórico de la ciudad; ni grúas ni bulldóceres contribuyeron a ampliar el espacio público de Medellín, tal vez la capital más deficitaria del país en esta materia.

Bajo el polvo encontramos las nuevas realidades sociales del Centro. Dos décadas de abandono, escombros y mure y el paulatino desplazamiento de las élites tradicionales hacia la periferia (Empresas Públicas, sedes corporativas, las clases altas) habían dejado el terreno a los segmentos que aún hoy son hegemónicos en la zona. Los comerciantes tradicionales de mente decimonónica; cacharrerros. Los informales, desde los que se ubican en la subsistencia hasta los mayores contrabandistas del país. Los criminales, desde los clásicos atracadores hasta los mercaderes de drogas, celulares y autopartes que despachan con licencia detrás de La Alpujarra. Los trasportadores de todo

tipo, las carretas y los buses, los furgones y las motos. Los drogadictos, esparcidos desde Barrio Triste a comienzos del siglo y desde Barbacoas hace poco, que reflejan tanto la alta prevalencia de consumo de drogas en la ciudad (la menos sobria ciudad de Colombia) como la atracción nacional que ejercen los programas de atención al llamado habitante de calle. Una buena imagen del cambio de perfil en la dirigencia del Centro es que el edificio del Banco de Colombia en Colombia con Bolívar ahora está ocupado por Gana, el flamante grupo empresarial creado a partir del monopolio del chance en Antioquia.

La excepción son los núcleos educativos y culturales que se resisten con plena conciencia —especialmente estos últimos— a abandonar un territorio que debe ser de todos. Añadiría algunas entidades del tercer sector como fundaciones, cooperativas y cajas de compensación. Hay que admitir la contribución que los comerciantes emergentes han estado haciendo en Guayaquil, con una estética más bien deplorable pero nada inferior a la de sus antecesores. Lo demás está constituido por la masa nómada de millón y medio de personas que pasa o va al Centro a alguna cosa, masa que no lo considera su hogar porque el Centro ha dejado de ser un lugar de encuentro reposado o paseo, es un área a través de la cual se huye a casa.

III El llamado “milagro Medellín” —que data de hace ya una docena de años— apenas rozó el Centro. Medellín se convirtió en un modelo internacional en transporte masivo, urbanismo social y seguridad ciudadana, pero no hubo pensamiento ni innovación sobre el Centro. No se puede hacer todo al mismo tiempo, pero el resultado final de las prioridades pasadas es que hoy el Centro es la peor zona de la ciudad. El Centro concentra la inseguridad de Medellín: uno de cada tres robos, incluyendo autos y motos, uno de cada cinco homicidios. No hay datos sobre transacciones ilegales pero deben ser dos de cada tres.

La condición en que está el Centro de Medellín no es comparable con ninguna ciudad colombiana. No hablemos de las pequeñas hermosuras que hay en Popayán y Santa Marta, de lo amables que siguen siendo Manizales y Bucaramanga. Bogotá, con las lacras que dejaron Moreno y Petro, se mantiene firme por la vida de La Candelaria y Las Aguas. Tampoco en América Latina; una referencia tal vez sea el Centro de Lima, por lo feo, pero es bastante seguro.

Una explicación complementaria a la de que la ciudad tenía que ponerse al día con sus comunas más pobres es la política en sus dos principales atributos: el poder y la voluntad. Las administraciones municipales han mostrado tener menos poder y menos voluntad que los dueños del Centro. Alcaldes intentaron regular el transporte privado en los noventa, peatonalizar más vías, pero los comerciantes legales de mente estrecha no dejaron; trataron de sacar los buses de la llamada parrilla y no pudieron; cada tanto formalizan venteros ambulantes y hacen un desalojo, pero al día siguiente se multiplican; el éxito de Medellín en seguridad tiene su kriptonita en los bajos fondos céntricos. Ahí está nuestro lunar. ©



“La confianza es fundamentalmente un clima existencial de relación con el otro, que es la diferencia radical que me obliga a reconocermme que no estoy solo en el mundo”

Martha Cardona -Foro de la Solidaridad Confiar- Noviembre 19 de 2016

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
Cooperativizando para el Bienvivir

**UNIVERSIDAD
EAFIT**

“Somos investigación, curiosidad, asombro, descubrimiento...”

www.eafit.edu.co/posgrados

Línea de atención al usuario: (+57) (4) 448 95 00

Línea gratuita nacional: 01 800 515 900

Campus principal Medellín

EAFIT Bogotá | EAFIT Pereira | EAFIT Llanogrande

Vigilada Mineducación

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación



Historia de dos jardineros

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Verónica Velásquez

Hará como cinco años que escribí la historia de mis dos jardineros, don Leonel y don Azael, aunque a este, para extremar la atmósfera literaria del relato, lo llamé el Entelerido. Era largo, mustio y tembloroso como una caña al viento o como un espantapájaros abandonado, mientras que el otro era pequeño y parlanchín como —precisamente— un pajarillo. La historia es, en lo esencial, así: don Leonel se encargaba del antejardín de mi casa manriqueña hasta que trató con alguna insolencia a Luz Dary, la empleada doméstica, y fue remplazado en sus labores de poda por don Azael, quien le seguía en la larga lista de espera de la ciudad mendicante. Meses después, mi esposa perdonó a don Leonel y le confió el solar trasero, vedado para don Azael en razón de su tosca manera de blandir el machete. Pero no solo por eso: a ojos vistas, el viejecito iba menguando en su ánimo y salud, día tras día, hasta que una mañana se quejó de un dolor en el pecho y ya no volvió más. Fue cuando, en su homenaje, escribí un cuento que *Universo Centro* publicó a modo de necrológica: “La última visita del Entelerido”.

Pues bien, el Entelerido no murió. Algo así como dos años después de que hubiéramos cumplido con sus honras fúnebres, apareció en mi puerta con los mejores colores y la mejor disposición. Fue entonces cuando supe por fin su nombre fatídico, que solo por una letra no es el del ángel de la muerte del islamismo. Quería retomar sus labores en el antejardín, pero se vio forzado a aceptar que, por abandono del cargo, el trabajo estaba ahora en manos de don Leonel, ya del todo redimido después de su descarrío verbal. En el cristianismo ocurre de esa manera. Don Azael pareció entenderlo y, con la cabeza gacha, se fue por donde había venido.

Siempre habrá, empero, un nuevo advenimiento de los ángeles. El día de Santo Tomás de Aquino de 2017, cuando mi empleada abrió la puerta para irse, se topó de manos a boca con don Azael. Tenía la cara rosada y redonda, la dentadura casi completa, montaba una bicicleta, y sin duda albergaba la esperanza de que, a la sazón, don Leonel hubiera salido del escenario. Otra vez se llevó un chasco, aunque entonces tuvo bríos para argumentarme su pretensión:

—Pero es que este trabajo era mío antes.

—Sí, don Azael, pero como usted no volvió se lo di a otro señor.

—Deme la oportunidad otra vez.

—¿Y qué le digo al otro señor? Está que aparece. Qué falla, don Azael, pero no puedo.

No tuvo otra opción que irse, pero en algo lo conformó un billete proletario que le ofrecí para que se tomara un café. No había pasado media hora cuando, del todo ajeno a sus hábitos crepusculares —todavía nos agobiaba la llenura del almuerzo—, don Leonel tocó el timbre. Juro que, cuando dije a don Azael que su rival iba a aparecer de un momento a otro, mentía con la sola esperanza de disuadir al resucitado. Pero, como si mis palabras lo hubieran invocado, llegó don Leonel; y no solo eso: me saludó aludiendo a su reciente encuentro con Luz Dary, con quien se había cruzado cuerdas más abajo, cerca del cementerio San Pedro. Como si hubiera adivinado la visita del Entelerido y hubiera recordado el *affaire* que años atrás lo puso a él contra la espada y la pared, quiso aclarar el lugar especial que nuestra empleada ocupaba ya en su corazón:

—Quiubo, don Juan. Ahí me encontré con doña Luz Dary. ¡Como es de querida! Iba dizque a visitar la mamá al cementerio.

—Ah, sí. Se le murió en julio.

—Tan siquiera la tuvo hasta ahora. Yo la perdí hace muchos años, desde chiquito.



Y al decir eso empezó una de sus largas peroraciones autobiográficas. Por lo visto, no estaba tan “chiquito” cuando murió su progenitora, pues la historia incluía una escena en el batallón Girardot, cuando ella le llevó un trozo de carne guisada con papas y arroz, todo embutido en un viejo tarro de galletas. O quién sabe a qué se refería el jardinero con aquello de haber perdido a la madre: quizá quiso decir que no había contado con su abrigo desde muy niño, porque, cuando terminó la faena botánica y quiso disimular su tarifa descomulgada con una nueva historia, se refirió a una pintoresca aventura de abandono:

—Imagínese don Juan: cuando yo estaba chiquito no hacía sino gaminar. Yo tenía hermanos grandes pero ellos vivían en otra parte. Uno hasta se había ido a trabajar con la guerrilla. Salí de Pepalpa y se fue para allá. Entonces yo vivía en la calle, aunque algunas veces me llevaban para el Preventorio, que quedaba en Belén. Ah, pero yo me volaba porque, dígame, don Juan, ¿uno qué hace encerrado? ¿Y con policías? En una de esas me llevaron a una granja en Santa Elena, ahí al lado de la capillita. Pero como eso fue hace tanto tiempo, era como si quedara más lejos que ahora. El bus llegaba hasta ahí y daba una vuelta para coger la carretera que iba al Tambo. Eso era puro monte y la quebrada le llegaba a uno hasta el ombligo. ¡Era limpia la cosa más sabrosa! Imagínese pues, don Juan: nos tenían allí encerrados en la granja, trabajando y rezando. “Ah, me voy a volar”, dije, y le dije a otro pelao: “Oiga, yo me voy a volar”. “¡Listo, yo también!” me dijo él. Entonces a la noche, cuando íbamos para las piezas, seguimos hasta el fondo del corredor y nos metimos a un jardín, uno muy grande que había

junto a la casa y que terminaba en un muro. Por ahí nos trepamos y salimos al laito de la quebrada. Claro pues que allá se dieron cuenta de que nos habíamos ido: allá siempre se daban cuenta y salían a perseguirnos a uno con perros. Nosotros oímos toda la bulla: oímos ladrar a los animales mientras pasábamos la quebrada. Con ese frío tan berraco, ¡oiga!, y a seguir corriendo. Lo bueno era que ellos tenían que dar una vuelta: tenían que salir por la puerta de la granja y darle la vuelta al muro para llegar al puente. Entonces yo le dije al pelao que nos subiéramos a un pino, ya habíamos llegado como a un bosque. Y esos pinos son muy oscuros, don Juan: ahí no lo ven a uno. Preciso, nos trepamos bien alto y nos quedamos quietos, y vimos a esa gente pasar y devolverse al rato. Yo no sé en las películas por qué los perros siempre encuentran a la gente, porque a nosotros ni nos olieron. Al rato nos bajamos y seguimos caminando, hasta que llegamos al filito desde el que se ven las luces de Medellín. “Ah, listo”, le dije yo al pelao, y nos dio esa alegría tan berraca, porque sabíamos que los de la granja no nos iban a perseguir hasta allá. Claro pues que todavía nos podían coger. Como uno tenía un uniforme —un uniforme como de soldado—, la gente lo reconocía a uno. Y había campesinos que veían a los que se volaban y llamaban a la granja o a la Policía, o ellos mismos le echaban mano a uno y lo llevaban otra vez allá. Por eso nos volamos de noche: para que no nos vieran fácil. Entonces empezamos a bajar a la carrera para llegar temprano a Medellín. Ah, pero nos mamamos; nos mamamos, don Juan, y terminamos armando a una finquita. El pelao siempre tenía miedo pero yo le dije que tranquilo, y fui y toqué la puerta.

Salió un señor y le dije todo: que nos habíamos volado de la granja, que estábamos muy aburridos, que íbamos para Medellín pero que estábamos cansados y teníamos hambre. Y vea lo que son las cosas: ¡era un tipo tan buena gente ese! Nos dio chocolate y nos dejó entrar, y ahí al lado de la puerta nos echó un tendido. Ahí dormimos y al otro día nos madrugamos. Llegamos a Medellín como si nada, y otra vez a gaminar.

La historia me conmovió, o mucho más que eso: me atrapó como si se tratara de la mejor novela de bosques y escapadas —yo recién acababa de leer *El doctor Zhivago* de Pasternak—, y casi me pareció sentir, bajo las narices, el olor mentolado de los pinares. ¿Cómo podía, en esa circunstancia, objetar la titularidad de jardinero del aguerrido don Leonel o tan siquiera regatear el costo de sus servicios? Para colmo, el viejo sumó un colofón lacrimoso al que ya no podría resistirse, ni siquiera, el Rey de los Hunos:

—Oiga pues don Juan: entonces yo seguí gaminando. Hasta que un día que iba por Junín, por la acera de la izquierda, se me cruzó un señor que venía por la otra. Llegó y me dijo: “Niño, ¿usted cómo se llama?”. “Leonel”. “¿Dónde vive?”. Yo le dije que no vivía en ninguna parte, que vivía por ahí, y él siguió preguntando: “¿Usted tiene hermanos?”. “Sí”. “¿Cómo se llaman?”. Entonces yo le dije que Mengano, Zutano, Perano... “¿Y hermanas?”. Mengana, Zutana, Perana, contesté yo, y él me miraba. Y entonces me dijo: “Yo soy hermano suyo”. Imagínese, don Juan, dijo eso, pero yo no lo conocía. Entonces me dijo: “¿Ve al señor que hay allá al frente?, ¿lo conoce?”. Entonces miré y vi a mi hermano grande, el que había trabajado en Pepalpa y se había ido al monte. Había vuelto. Qué alegría tan berraca. Ese señor me abrazó y me cargó, aunque yo ya no era tan chiquito, y así cargándome pasó Junín y me llevó adonde mi otro hermano. Viví mucho tiempo con ellos, don Juan. Trabajaban arreglando carros y me enseñaron a manejar.

Sobra decir que, cuando le pagué por la tarea cumplida, me pareció que lo estaba; o, más exactamente, pensé que si también debía pagarle por el relato, era poco lo que ya había puesto en su mano sucia y arrugada. Pero a don Leonel no le importaba nada más. Tranquilo, melancólico, se apoyaba en el portal y rezumaba una satisfacción invencible que, por supuesto, no le venía de los billetes que empuñaba sino de la entrañable evocación que, todavía fresca, nos envolvía como un humo azul. Entonces, movido por mi obsesión argumental de lector de novelas o solo por decir algo que acabara con la enrarecida escena, pregunté:

—¿Y qué pasó con el otro muchacho?

Don Leonel respondió inmediatamente, sin darle mucha importancia al asunto:

—No lo volví a ver. Creo que se llamaba Azael o Misael, algo así. Era un flaco muy largo, como entelerido.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No podía ser: la historia que se había golpeado junto a mi puerta no podía ser tan redonda. Pero, por otro lado, ¿habían sido gratuitas las casualidades previas? Si don Leonel había llegado a deshoras —como por ensalmo— justo el día en que, tras años de ausencia, había aparecido don Azael; y si, además, mi jardinero había aludido de alguna manera, espontáneamente, al desaguado que antes le había quitado su trabajo (me refiero a sus viejas injurias contra Luz Dary), ¿qué tan difícil era que, ahora, la historia adoptara la forma de una vieja aventura compartida por los dos rivales? Al fin y al cabo, un círculo solo puede ser redondo si lo es totalmente; quiero decir que su redondez no es azar sino necesidad.

Mi privilegio consistía, por supuesto, en ser el testigo exclusivo del sorprendente reparto de cartas de la vida. Pero de la manera más torpe, creyendo que debía poner la última palabra del cuento, dije lo que no hacía falta:

—Quién sabe dónde estará ahora. El día menos pensado se encuentran.

Don Leonel sonrió de modo burlón. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

TALKING ON MOVIES

El cine de género ha existido desde siempre, y en muchos casos sigue vigente. En otros no, porque hemos perdido la inocencia frente a la pantalla. Algunos géneros: el de aventuras, el de vaqueros, el de capa y espada, el de suspenso, el musical, el de terror, el melodrama.

Subsiste el de suspenso, con productos desiguales; hace poco vi *La chica del tren*, que me habían vendido como un eco de Hitchcock; pero ni sombra del maestro. En cuanto al musical, acabo de ver el muy promocionado *La la land*, y, contra todo pronóstico, me gustó mucho; buenos y pocos bailes, lindas canciones, gran respeto del director al espíritu de antaño; además, valor agregado, una soberbia actuación de Emma Stone, actriz destinada a andar por buenos pasos.

Claro que resulta imposible exhumar a un Fred Astaire o a un Gene Kelly, los dos grandes íconos del género, tan insuperables, tan distintos. Astaire más grácil, si cabe la expresión, Kelly más atlético, si la expresión cabe. Kelly era además director, y tal vez esto le facilitó tener como *partenaires* a Debbie Reynolds, a la adorable francesita Leslie Caron, y a ese asombro llamado Cyd Charisse, la danza hecha mujer. Me atrevo a recomendar una película suya (codirigida, como otras, por Stanley Donen), *Siempre hay un día feliz*. No se la menciona mucho cuando se habla de los grandes musicales, pero es, en mi opinión, uno de los mejores; no solo cumple con sobra de méritos lo que se espera de ese tipo de filmes, sino que narra una historia válida por sí misma para atraparnos, aunque no estuvieran en ella las magias de la Charisse. No salgo del teatro sin evocar a un Fred Astaire octogenario, que, en *Finian's rainbow*, de Copola, nos regala un auténtico canto del cisne, para mí lo más recordable de esa película farragosa.

Ahora, el cine de aventuras, pieza ya de museo. No hay que creerle demasiado al oportunista Spielberg, quien, con el pretexto de revivirlo, lo parodia. *Indiana Jones* no dista mucho de Sábados Felices. Para este escriba (no viví las proezas mudas de Douglas Fairbanks), su mejor oficiante es Errol Flynn, que fue filibustero, espadachín, legionario, boxeador y, por sobre todo, fue Robin Hood. Vi esa película en mi infancia, y represento para mí la aventura por excelencia. Pasados los años volví a verla, con el lógico temor de perder aquella magia. La perdí, claro, pero en compensación hallé en ese filme, dirigido por Michael Curtiz, un relato sin fisuras ni puntos muertos, un magistral trabajo narrativo. Metiéndome en terrenos vedados, creo que sería un magnífico tema de estudio en las escuelas de cine. Recuérdese además que a Curtiz se debe también *Casablanca*, y eso lo dice todo.

Y es hora de darle fin a esta tertulia, tan caótica como insulsa. Quede para otra ocasión hablar del western, si nos dejan.

CODA

En un librito, casi un folleto, que supongo de mínimo tiraje, Zoraida Gaviria revive la casa que fue de su hermano, el poeta Pacho Gaviria. De hecho, el libro se llama *La casa de Pacho poeta*, y consta de dibujos digitales que recrean los espacios de esa vivienda. Las pinturas de Zoraida (porque pinturas son) tienen un poder evocador que conmueve. Al menos para mí, que también habité esa casa, y vuelvo a encontrarla gracias a esas imágenes.

Ahora sí, telón. ©

RESTAURANTE

la Bodeguita

Transversal 39 # 75-10 Segundo parque de Laureles
Tels.: 5897000-3217235878 • labodeguitahavanera@une.net.co
Música en vivo de miércoles a sábado
Un rincón cubano en Medellín

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

La lengua

Postales de Etiopía

por FELIPE CÁCERES CERÓN

Fotografías por el autor

No era, pues, el único habitante en la tierra.

A veces, cuando encuentro por la calle, en los rostros de los que pasan, la cara de mí tía, la de mis hermanas, las de amores y amigos hace mucho tiempo olvidados, un poco oscurecidos, tengo la sospecha de que Adís Abeba no es real. Pero basta escucharlos discutir en su lengua para recordar de dónde venía y dónde estaba. En cierto sentido, este modo tan ignorante de viajar, de salir a buscar planetas fuera de la casa, me estaba volviendo pobre como el paisaje que tenía delante. A cada paso que daba, limitado a mis pensamientos en otros idiomas, había comenzado a perder la memoria de los nombres que sabía en español, los títulos de los libros, las fechas, las palabras. Desheredado de mi propia lengua e inválido a mi manera, sin lenguaje, necesitaba actuar con sabiduría, comprendí mi entrada por la puerta trasera y quise enmendarme enseguida, y comprar el periódico en amárico.

Fui a las calles donde la gente sin trabajo se agolpa en las esquinas para leer avisos clasificados. El rincón este de Arat Kilo, como un punto de calvario, amontona una multitud diaria en ceremonia silenciosa ante las ofertas de empleo, gallinas gordas, casas muy caras. Tropezando unos con otros miramos las carátulas vendidas del *Times* que se exhiben por el suelo, sobre cartones, los diarios en inglés y en amárico, sus garabatos iluminados para mis ojos de analfabeto.

Me llevé uno bajo el brazo. Apenas estuve encerrado, sintiendo que florecía un mundo nuevo, lo estudié. El hechizo iba descendiendo al centro mismo de una vida desconocida. Reparaba las fotografías y las caricaturas políticas para imaginar el argumento de los textos. Todas las palabras que me hacían falta estaban frente a mí, extravagantes, en un abismo de misterios que me hablaba de otros tiempos y, pensativo, pasaba las páginas esperando encontrar noticias sobre los milagros de Cristo o alguna crónica ilustrada de su época. Volví a la fecha del diario, alegrado por ese pensamiento: marzo 25 de 2008.

Leí otra vez. Mi corazón dio un salto. La geometría del calendario alejandrino con ocho años y cinco días de retraso estaba todavía fuera de mi alcance. Fui a otras esquinas y a otros puntos de venta e hice preguntas. Y de todas partes volví alimentado por el mismo sentimiento egoísta: estar aquí era la oportunidad para destejer el pasado y reconstruirlo. Se me permitía la única cosa que no había soñado: viajar en el tiempo, y enmendarlo. La memoria que estaba perdiendo era una memoria que aún no poseía. Una memoria futura que, en suma, no podía utilizar de la misma forma que hasta entonces había usado. Mi rostro ya no sostenía el equilibrio. Estaba muy bien vestido en medio de los otros, pero mudo y equivocado.

Esta gramática hueca del pasado imperfecto y el futuro perfecto obraba por los efectos secundarios. Para compensar, durante las mañanas, puse la radio en amárico. Dediqué un examen descuidado para habituarme al oído mientras me ocupaba de limpiar la casa, preparar el desayuno, fumarme un cigarrillo. Era mi canto de sirenas y a veces, concentrado, me ponía al



acuerdo de un intencionado cambio de tono, de alguna grieta que precipitara el paso hacia el sentido. Reprochaba mi negligencia al no haber comprado un alfabeto desde el principio, podría haber encontrado rasgos definidos de su espíritu absoluto en menos tiempo y solo a la segunda semana, Ferdiduke mío, comencé a reconocer anglicismos repetidos que el locutor pronunciaba con un acento rápido de máquina china: *masterplan, importation, exportation*. Entretanto seguía con mi vida de profesor universitario extranjero. Un día de esos criticaba mentalmente las irrupciones del inglés en el radio cuando sonó mi teléfono.

—¿Abet? —dije, ensayando.

Crucé la mirada fría de los dos leones de piedra enfrentados sobre la enorme puerta de la universidad sin dejarme intimidar. El campus exhalaba el aliento del cambio de estación hacia los árboles que ya traían los aires de invierno. Practicaba la pronunciación de las dos o tres palabras nuevas que había escuchado en la radio, era un día claro y fresco, entré a la sombra del edificio de la facultad y descubrí a las mujeres del aseo, con sus pañuelos negros de nudo musulmán en la cabeza, retirando los *poster* de chicas escritas por mis estudiantes y que, para exhibir su destreza, colgamos en el corredor del primer piso en una cuerda, con ganchos de ropa, a la espera de que sus versos tomaran forma al calor del tiempo. Las marroquíes. “No inglisiaña”, respondieron, malignas. Subí furioso las escaleras hacia la oficina del director con las hojas despedazadas y se las enseñé. Estuvimos discutiendo un momento. Para zanjarse la conversación, sentado encima de su escritorio con las manos cruzadas sobre el pecho, me explicó, masticando su inglés chichludo de cabra, “no se puede limpiar la casa, preparar el desayuno, fumarme un cigarrillo. Era mi canto de sirenas y a veces, concentrado, me ponía al

concluyó, y me despachó sin que pudiera argüirle ninguna lógica.

El ímpetu con el que entré y con el que salí me aguzó la vista. No lo había pensado. Entraba y salía de aquel edificio muchas veces todos los días, pero no reparé hasta entonces en la pátina de silencio que barnizaba las paredes. Recorrí los pasillos de la facultad como si estuviera a oscuras y llevara una linterna. Por primera vez me daba cuenta de que no había afiches de nada, ni avisos de notas ni carteles. Busqué marcas de nombres en las puertas oxidadas de los baños, en la madera de los pupitres. Anduve deambulando por las demás facultades sin encontrar una sola huella que delatará la vida secreta de un estudiante, o algún evento con precios y fechas. Berhanu, mi mejor estudiante, vivía dentro del campus y corría a visitarlo. Me urgía un impulso inspirado o una intuición que vinculaba con mi aprendizaje de su lengua.

Estaba echado en su estrecha cama con la puerta abierta, leyendo un libro de matemáticas aún más incomprensible por las explicaciones en amárico. Estuve a punto de hacer una de mis preguntas estúpidas, y en cambio dije: “¿Dónde están los *poster* de chicas en bikini?”, al no ver, como preveía, señales de su vida privada en las paredes desnudas. Sonrió como un buda negro. Al sentarse en el borde de la cama noté que solo había una cama, el libro de matemáticas, sus cuadernos, el maletín, una mesa coja sobre la que descansaba un montoncito con su ropa. Que la policía secreta lo sonsacaba dos días imprevisibles a la semana por venir de las afueras de Adís, dijo, de un pueblo cercano, del *country-side*, por ser de la tribu oromo esculcaban sus bolsillos, miraban debajo de la cama, buscaban libros prohibidos, algún indicio de conspiración o impureza contra sí mismo o contra el honor del gobierno y el Estado.

Intrigado, lo dejé allí sentado sin atreverme a cruzar la puerta. De un modo poco claro, ese territorio de silencio que ahora compartíamos juntos me hizo pensar que el lenguaje ausente en las paredes y en los cuartos de los otros chicos que pude entrever mientras abandonaba el edificio, como una ciencia tenebrosa, debía residir oculto en alguna parte. ¿En la lógica de otro idioma? ¿En alguna otra lengua desconocida y secreta? ¿En el mismo amárico?

Como para entonces mi mujer ya me había dejado, y nada me distraía, estuve semanas agotando la bibliografía sobre el uso del amárico y su composición lingüística. Cuatro años atrás, en el 2004 de su era, se fraguó una discusión en la radio entre académicos por el salto que el gobierno dio en las escuelas primarias al sustituir el maravilloso alfabeto tradicional por el alfabeto latino, a b c d, y que puso en oídos de todos a través de las ondas inalámbricas el enfrentamiento de si su lengua, desde la raíz, es elástica o limitada. La vieja dama menesterosa de la Abisinia, estirándose las arrugas, cambiaba de mitología. Aquellos que defendían la decisión del gobierno habían asumido que hay una frontera clara y del otro lado, en otro idioma, está el futuro. La vieja lengua no puede crear conceptos inéditos, está liquidada, moribunda, por lo que toma las palabras extranjeras como llegan. Debido a que nunca antes habían tenido primos como el papel higiénico, la ausencia de las condiciones materiales para desarrollar ideas al respecto incrusta en el flujo de su pensamiento una práctica refleja, indolora y rápida, que borra la vida pasada. La experiencia de las sucesivas guerras internas y los comienzos, confusos como una pesadilla viviente, insisten en la construcción de una versión “modernizada” del presente. Puesto que lo vernáculo, según argüían,

limita las experiencias sensoriales al no poder nombrarlas. El barroso *amarriña* no expresa la amplitud del alma nueva de su sociedad, ensanchada por los melodramas televisivos, las películas americanas, la internet, se queda corto y pobre y, resumiendo, insuficiente ante la aparición de ignoradas —aunque estereotipadas— formas de sentir el mundo, la religión y el amor, etcétera.

El ébano ya irreparable de una boca que dice “oh, my God” para exclamar una sorpresa, en plena calle, solo ocurre en la capital, razonaron los otros. El problema está en los hablantes, no en la lengua. El campo abierto que se extiende afuera es como el agua de un manantial sin destinos forasteros. Y no dijeron más.

Tewodros Hailu, que además de lingüista y poeta cepillaba los caballos de Haile Selassie, el emperador rastafari, estuvo agonizando hasta la muerte en el barro de un día invernal de julio a causa de una doble patada que su potranca negra de cola rubia, cuyo nombre no pude averiguar, le zampó en la barbilla romana sin que hubiera podido llevar a cabo el proyecto encargado por el emperador de unificar todas las lenguas de su territorio bajo un alfabeto de signos y sonidos comunes, librándolo de sus preocupaciones. Debía concentrar sus fuerzas y su atención en la catedral gótica de la que provenía su idioma, el *ge'ez*, y multiplicar los sinónimos para, redimido de las cárceles fonéticas tribales, superar las onomatopeyas, que son apenas el segundo estado de una lengua en su aspiración a ser civilizada y que aún caracteriza su comunicación de mugidos rumiantes y kas explosivas. El nuevo inventario de la realidad debía ser el más perfecto, equipararse a las potencias europeas y ser aquella expresión del espíritu que hasta entonces nadie había sido capaz de realizar. La lengua ilustraría de ese modo la forma de vida, por las enunciaciones, integrando los dialectos. Fue el delirio más secreto del

emperador del que ningún otro poeta o estudioso pudo contagiarse.

Cuando salí de estas divagaciones era la última tarde de sol antes del invierno. La ciudad, vista desde el mirador urbano frente al palacio presidencial, durante un momento, hundida en la humareda de amarillo quemado de la polución, era una bruma deflagrada. Pero hasta aquí, la huella que buscaba seguía siendo intangible y quería saber más. Supe que los grafitis de mala caligrafía que se escriben en paredes anónimas durante la noche se borran al amanecer por la policía, con pintura roja, aunque todo el mundo sabe que están allí. De modo que el silencio también se extiende por la venas de los suburbios como una revolución en germen, como un desastre natural. Venía el fin del semestre académico y pensaba visitar la ciudad de Harar ese fin de semana. Disuadido por Zaid, un pakistaní de ojos pequeños y rápidos y muy inteligentes que trabaja en la Cruz Roja internacional y que me previno de las rutas por carretera debido a las protestas armadas de los oromos que habían montado retenes en las fronteras y quemaban buses de turistas después de bajarlos y fundirles el estómago a plomo de AK47, negándose al avance depurador del progreso que los expropia para vender sus tierras a los chinos. Rimbaud tenía que esperar. Todavía no había comenzado a soñar con las hienas que encontraría en ese lugar, que alimentaría con mi mano, ni con el desierto. Tenía la sensación de haber penetrado un secreto y estar muy adentro y al mismo tiempo más afuera de lo habitual. Como si le estuviera pidiendo a un idioma antiguo lo que podría existir en el espíritu de otros planetas, no faltaban menos ni mejores razones para estar perplejo al encontrar la necrológica del amárico oponiéndose a su deseo de vida, y vislumbrar vagamente, frente a mí, el filo de una espada nacionalista y vulgar. ☺



Medellin, Septiembre 16 de 1966.

Me & Karen...

**UNAULA
CONQUISTA
POPULAR**

Roberto Luis Jaramillo
[INVESTIGADOR PRINCIPAL]

Ediciones
UNAULA

La Universidad Autónoma Latinoamericana es el resultado de un proceso complejo, enmarcado en la revolución cultural de la década de mil novecientos sesenta. Inspirada en los principios del Manifiesto de Córdoba, de 1918, ha sido fiel a ellos a lo largo de su medio siglo de existencia. La libertad científica, de cátedra e ideología, la libre investigación, la autonomía, la disciplina académica, el cogobierno de profesores y estudiantes, y la proyección de sus egresados al servicio de la sociedad, son algunos de los aspectos que sustentan la materialización de la Universidad actual.

UNAULA: CONQUISTA POPULAR
Ediciones UNAULA
Colección Fundadores, 2016
PVP: \$60.000

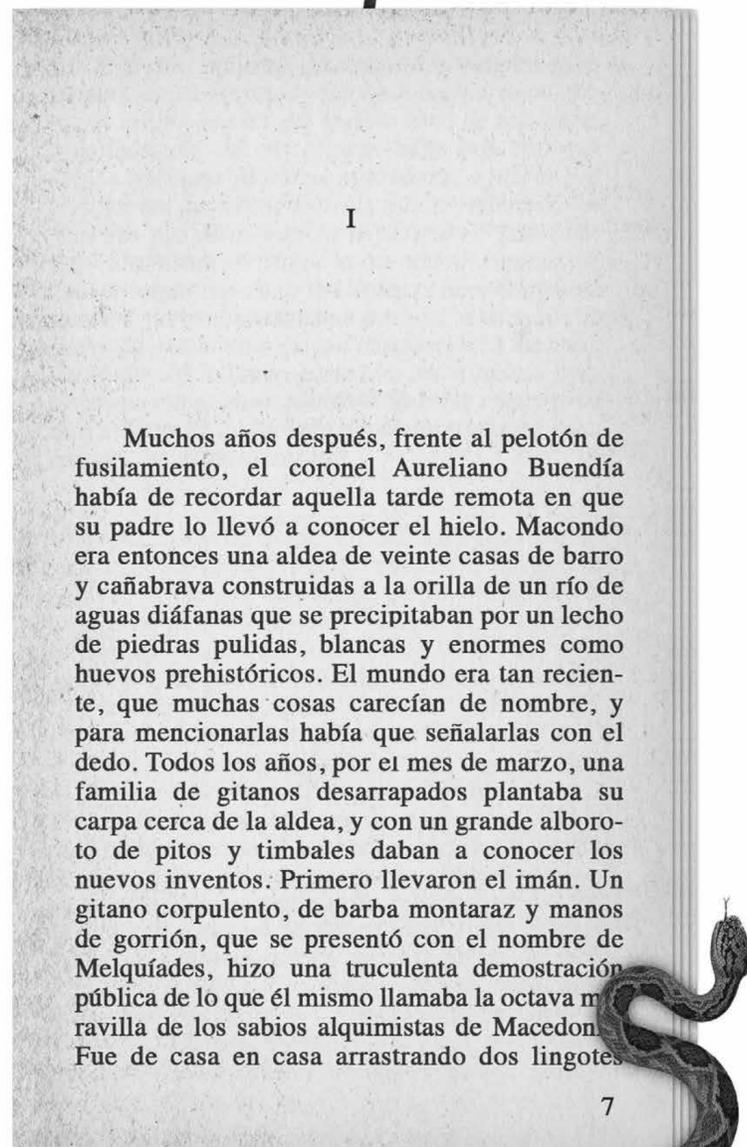
**Ediciones
UNAULA**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
LATINOAMERICANA - UNAULA**
SNIES 1814

No lean más de eso, por favor

por JHON ISAZA

Ilustración: Samuel Castaño



Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes

7

No sé si haya en la jungla cultural una cosa más trágica, más lamentable, que cause más tedio y resentimiento con la vida que encontrarse a un lector. No a un lector cualquiera, no a uno cauto o silencioso, no a uno que haya entendido de qué va el asunto, ¡no!, sino a un lector de los que no soporta que el mundo no sepa que él es un lector.

Entre ellos hay casos especiales. En 1995 el escritor español Javier Marías recibió el premio Rómulo Gallegos y como es habitual ofreció un discurso corto, en él contaba que el filósofo rumano Emil Cioran consideraba que estaba mal leer novelas: la realidad es tan rica, tan trágica, tan sorprendente, tiene tantos misterios que no se entiende cómo alguien puede dedicar el tiempo a la ficción, a la mentira, a lo que no sucede. El consejo de Cioran era simple y sensato: si porfiamos en alejarnos de la práctica que tanto prepara y cambia la vida, y tercios nos ponemos a leer, entonces que sea sobre la realidad: periódicos, historias, biografías. En alguna parte del discurso Marías lo dice: leer literatura es para insensatos.

Les contaré dos historias cortas como excusa para hablarles de dos escritores: Guy de Maupassant y Gérard de Nerval. Luego intentaré demostrarles que la literatura es para intelectos pequeños y para espíritus débiles, veré si puedo convencerlos de que si leen literatura tienen que aceptar que son unos cobardes, y si nos va bien concluirán conmigo que deberíamos alejarnos de la literatura.

1. Cuentan que una noche Mercedes Barcha supo que García Márquez estaba triste. “Estaré en cama”, le dijo, y lo dejó a solas en el estudio. Casi al amanecer llegó él, “¿ya está?”, preguntó ella, “ya”. Lloraron juntos hasta el alba, dicen, la muerte del coronel Aureliano Buendía.

2. *El hombre que no fue jueves* es una novela juguetona en la que Juan Esteban Constaín cuenta que en 1884 el escritor inglés G. K. Chesterton visitó a sir Arthur Conan Doyle. Chesterton admiraba la inteligencia del creador de Sherlock Holmes. Al llegar a su casa encontró un montón de gente enloquecida, eran los lectores de novelas detectivescas de Conan Doyle y estaban dispuestos a sepultar bajo piedras, tomates y fuego la casa del escritor. Chesterton vio también, en la segunda planta, al pobre hombre pálido y acorralado, caminando de un lado para el otro, agitando un pañuelo blanco en la mano derecha. Preguntó y le dijeron que Conan Doyle había publicado un relato en el que Sherlock Holmes moría junto con su enemigo. Nadie podría permitirlo, “nadie”, dice Constaín que gritaban: “Quién va a resolver ahora nuestros misterios”. Todos los lectores de las novelas del detective estaban dispuestos a quemar a Conan Doyle si no evitaba que Sherlock Holmes, un detective de mentiras, de novelitas, muriera. Ese día entendió Chesterton que la ficción es más peligrosa que la realidad.

Guy de Maupassant era un atleta. La imagen del escritor francés del siglo XIX suele recordarse como la de un hombre

joven y robusto, amante de los deportes, atraído especialmente por el agua. En él, la pasión por el cuidado físico solo tenía comparación con su maravillosa inquietud intelectual: “¡No hay nada más agradable que pensar caminando a grandes pasos! Partir a pie cuando amanece, y caminar bajo el rocío, a lo largo de los campos, a orillas del mar calmo, ¡qué embriagador!”, decía. Su brillantez fue por todos admirada, así como por todos lamentado el estado en que cayera a raíz de un deterioro físico que le valió el deterioro mental que le llevó a la muerte.

La mañana de mayo 25 de 1893 escribió en *El hora*, su relato más perturbador, algo que nos hace testigos parciales de su decaimiento: “¡No siento ninguna mejoría! Mi estado es realmente extraño. Cuando se aproxima la noche, me invade una inexplicable inquietud, como si la noche ocultase una terrible amenaza para mí. Ceno rápidamente y luego trato de leer, pero no comprendo las palabras y apenas distingo las letras. Camino entonces de un extremo a otro de la sala sintiendo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor de dormir y el temor de la cama. A las diez subo a la habitación. En cuanto entro, doy dos vueltas a la llave y corro los cerrojos; tengo miedo... ¿de qué?... Hasta ahora nunca sentía temor por nada... abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho... escucho... ¿qué?... ¿Acaso puede sorprender que un malestar, un trastorno de la circulación, y tal vez una ligera congestión, una pequeña perturbación del funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestra máquina viviente, convierta en un melancólico al más alegre de los hombres y en un cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo (...). Duermo durante dos o tres horas, y luego no es un sueño sino una pesadilla lo que se apodera de mí. Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo... lo comprendo y lo sé... y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme”. Un mes después, cuando la demencia se hacía ya insostenible, Maupassant intenta explicarse lo que sucede, piensa: “Ciertamente, estaría convencido de mi locura, si no tuviera perfecta conciencia de mi estado, al examinarlo con toda lucidez. En suma, yo solo sería un alucinado que razona (...) hoy todo debería ser más fácil ahora sabemos que el misterio de la mente no es tal, que cada parte del cerebro tiene su función, y que lo mío entonces tiene que ser, por tanto, algo físico, que he perdido, por razones incomprensibles y funestas, mi facultad de controlar la irrealidad de ciertas alucinaciones (...) o tal vez he sido juguete de mi enervada imaginación”.

Francés también, traductor de Goethe, Schiller y el Heinrich Heine que odió a los alemanes por quemar libros y que diría, cuan profeta: “Donde se queman libros no tardará en quemarse también seres humanos”, Gérard de Nerval tuvo una obra quizá tan corta, turbulenta e impactante como su vida misma. La madrugada de 1855 su tía encontró junto al cuerpo del chico, que se mecía como péndulo ensordecedor, una nota que decía: “No me esperes esta tarde, porque la noche será negra y blanca”. La locura le llevó al suicidio.

En las primeras páginas de *Aurelia*, el libro que carga con el nombre de la última mujer que recordó amar y que le llevó, dice, inocentemente al extravío, nos hace también testigos de su deterioro: “Intentaré transcribir las impresiones de una larga enfermedad que se ha desarrollado íntegramente en los misterios de mi espíritu. Y no sé por qué empleo la palabra *enfermedad*: en realidad, yo nunca me sentí tan bien. A veces creía duplicadas mi fuerza y mi actividad; otras me parecía saberlo y comprenderlo todo; la imaginación me deparaba infinitas delicias. Cuando se recobra eso que se llama *razón*, ¿habrá que lamentarse por haberlo perdido?”. Lentamente la enfermedad fue tomando espacio, y Nerval intentó explicárselo. Decía que el sueño es una segunda vida, que hay algo que podemos llamar “el derramamiento del sueño en la vida real”, y que eso consiste en una especie de desviación, que la razón nos lleva por la ilusión, y que juntas nos hacen habitar una especie de tercer mundo.

Cuando no podía distinguir entre el sueño y la vigilia, decía, “prefiero el primero. En los sueños somos inmortales y conservamos la parte más preciada del mundo, sus imágenes. Qué dicha pensar que lo que hemos amado existirá siempre en torno nuestro. Estoy cansado de la vida”.

El tercer mundo del que habla Nerval consiste en una especie de combinación entre lo real y lo imaginario, se es consciente de que hay algo en el mundo que hemos metido en él, sabemos que hay algo en el mundo que le pertenece a nuestra imaginación, que es, como dijo Cortázar, el producto de nuestra nostalgia. Nerval lo supo cuando, atormentado por el abandono de Aurelia, la mujer que amaba, pensó en lo que había perdido pero no fue capaz de saberlo: una era la Aurelia real y otra la que él veía, que era una combinación entre la real y la imaginada. Al perder a Aurelia, Nerval no sabía realmente qué había perdido, y acá voy diciendo ya estas historias que parecen no tener relación.

Hay quienes dicen que los hombres hacen literatura porque están aburridos con el mundo. Que reclamando la falta de belleza o astucia o sencillez de las mujeres que les rodean se ponen a leer historias sobre mujeres de mentiras y se van enamorando de Penélope, de Dulcinea del Toboso, de Antígona, de Yocasta o de Mia Wallace. Que inconformes con el carácter que les tocó imaginan que son Ulises, el señor K., el coronel Aureliano Buendía, Ignatius J. Reilly o cualquier otro hombre de mentiras que valga más que ellos. Hombres simples que veían en los espejos a hombres simples y en la calle o en la cama a mujeres complejas y que ahora, gracias al artificio de la ficción, ven algo que merece menos su desprecio. Y lentamente la literatura los va enfermando. Su mundo se multiplica y es ahora la suma de todo lo que hay y todo lo que querrían que haya, entonces después los hombres ya no sabrán distinguir, y serán como Nerval: “Lo que temía pasó, ahora no sé si la belleza de Aurelia le pertenece o si es la que tomé prestada de la plácida Ofelia, si su encanto está en sus carnes o en la imaginación de Shakespeare; ahora no sé qué de la mujer que amo es suyo, y qué de las mujeres perfectas que la literatura ha creado para mí. ¿La culpa es mía?, detesté el mundo, recuerdo que una noche pensé que Aurelia sería incapaz de enamorarme. Al día siguiente la amé. Ahora lo sé. La imaginación que alguna vez me ayudó a huir del mundo que aborrecí me ha hecho vivir en un tercer mundo, combinación de éste y de aquel. Ya no sé qué de mi tercer mundo es una ilusión. Tengo miedo”.

El problema es que Maupassant y Nerval no son casos anómalos. Aquí va la advertencia:

La calle y las universidades y las escuelas están llenas de gente que no solo reconoce el gran valor de la literatura sino que insiste fanáticamente en sugerir la tontería de todo aquel que no se incline a sus nobles pies. Lewis Carroll, el que inventó el país de maravillas del que Alicia Lidell nunca pudo salir, dijo alguna vez que la definición de hombre es “animal que hace literatura”. Y con ella, tenemos cientos de virtudes: de la literatura se dice que es el alimento del alma; de la literatura se dice que Dios, incluso, se revela por medio de ella; los aborígenes australianos creían, cuenta Bruce Chatwin, que cuando el mundo no era mundo, cuando no estaba poblado por nada, salvo una tribu que los dioses parieron para tal fin, los mismos dioses dieron a los hombres dos cosas, poesía y música, y los hombres de las tribus se dividieron, partió cada uno en dirección opuesta, hacia nada distintas, y llenaron el mundo con ríos, árboles, animales y nubes, y en la medida en que su imaginación les permitía narrarlo en verso, lo cantaban, lo creaban, para llenarlo a la vez de armonía y belleza; de la literatura se dice que hace a los hombres sensibles; de la literatura se ha llegado incluso a decir que es condición para los hombres de intelecto desarrollado; y de la literatura se dicen barbaridades como que tiene solo sentido en tanto cumpla una función política; los hay, se los digo que los hay, que dicen incluso que si alguien no lee, o no dice que ama leer, entonces sabremos que ese alguien vale poco la pena. Pero así como de Dios, de la literatura los hombres solo han sabido predicar embustes,

introducidos, seguramente, por algún espíritu burlón. Lo que no han querido ver nuestros lectores melancólicos es que la literatura es el único verdugo, el único enemigo amado del hombre.

Verán: el problema de Maupassant fue que la sensibilidad literaria le facultó para describir su decaimiento de una manera tan impactante que él mismo, dice, hubiera deseado no acercarse nunca a la literatura “de haber sabido que es como una antorcha que ilumina la esquina grotesca de un cuarto oscuro en el que los amantes, extasiados, no habían percibido al demonio perverso que les miraba en silencio”. Pero el asunto no acaba allí, no solo es que con la literatura el sufrimiento sea más agónico, o que los precipicios se muestren más altos y sea más destructiva la caída; el asunto es también el problema del “tercer mundo” de Nerval.

A diferencia de Maupassant, a Nerval le gustaban esos episodios controlados en los que en sueños sabía que soñaba, le gustaban los episodios en los que, despierto, se imaginaba que soñaba. Es fácil encontrar en la literatura y en la vida misma ese elemento: parece que aceptamos sin recelo entrar en episodios fantasiosos, lejos de la cotidiana y aburrida vida de los días, y que a causa de nuestra incomformidad con el mundo le damos vía libre a la imaginación. En *La hora del Diablo*, Fernando Pessoa propone un diálogo entre la Virgen María y el Príncipe de las tinieblas, quien trata de convencerla de que ella, útero de Dios, le ha pensado siempre; de que ella, modelo de mujer, cree todas las noches en él y le evoca con pasión. María, claro, se muestra confundida, sabe que es falso, y que nunca ha faltado a Dios. A lo que el Diablo responde: “Dicen que muchas hechiceras han tenido relaciones conmigo, pero es falso; en realidad, hechiceras o no, las mujeres tienen todas las noches relaciones con su propia imaginación, que, en cierto modo, soy yo. Así pues, esté usted tranquila. Corrompo, es cierto, porque hago imaginar”.

Ahora tenemos que la literatura no solo nos hace ver más viles y tristes las cosas viles y tristes de la vida, sino que nos invita a alejarnos del mundo y mediante la imaginación proyectar sobre su superficie cosas que no están en él. Parece que Pessoa insinúa que la imaginación es Diablo en tanto que entre más cerca estamos de ella, más lejos del mundo, y más lejos, por tanto, de lo único que podríamos poseer y que el buen Dios dispuso para nosotros. El problema no está en que la literatura invite a crear mundos, a vivir en ellos, a complacerse de ellos, el problema quizá resida en lo diferente que son ambas, la literatura y la vida, en lo bella que es aquella y lo patética que es esta. Difícilmente podríamos decir con sentido que fue Aurelia la culpable de la locura de Nerval, el peso cae sobre él porque Nerval, dice, creyó en el amor de la literatura, creyó que las mujeres de la vida real eran como las mujeres de Shakespeare. La literatura es culpable, no obstante, de mostrarles a nuestros ojos infantiles y hambrientos las golosinas infinitas que nunca serán nuestras.

Y eso, el desprecio que causa, es una de las tantas cosas que no se dicen de la literatura. De la literatura no se dice, por ejemplo, que fue la culpable de que la sensual Milena Jesenska, la escritora y periodista que tanto amó Franz Kafka, decidiera decirle, tras el segundo encuentro en un romance epistolar que duró dos años, que ella no amaba a Kafka, que ella amaba las cartas de Kafka, que Kafka sin sus hojas no era más que un sujeto incapaz para la vida; lo que no se dice de la literatura es lo que sugería Pessoa, que es como una mariposa que, posándose en la cabeza de los hombres, les hace tanto o más ridículos cuanto mayor sea su belleza; lo que no se dice de la literatura es que quizá la puso Dios ante los hombres como una tentación, como una prueba ante nuestro espíritu siempre débil; lo que no se dice de la literatura es, en últimas, que su belleza es una ficción y que solo el hombre que se desprecia y desprecia el mundo que le circunda debería acercarse a ella; no se dice de ella que es propia del reino de los cobardes y que hace de los hombres menos que hombres. Lo que no se dice de la literatura es que si algún afecto nos merece el mundo, deberíamos alejarnos de ella. ©



Las campanas de La Candelaria cedieron su supremacía. Los telares sonaban todo el tiempo y el Edificio Fabricato se convirtió en el “rascacielos”. Era el acuario del momento y su vitrina merecía el peregrinaje. Pero la caja del ascensor marcó su historia. Un crimen entre otros oficios varios. Mitos, sudor y sangre.



Edificio Fabricato. Digar, 1954.

Arquitectura del crimen

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Archivo BPP y Juan Fernando Ospina

Las calles tenían que seguir ampliándose. La ambición y el capital disponible para invertir de la Medellín industrial de los años cuarenta del siglo pasado parecían desbordados y demandaban una palabra que pasaría a formar parte del habla popular: ensanche. A partir de 1940, de alguna manera a todos “nos llevó el ensanche”, pero en particular a muchas casas del siglo XIX y principios del XX que reposaban en el Centro, adormiladas sobre el curso de la futura avalancha. Casas que “estorbaban” al paso arrollador del progreso —“hombre-estorbo” llamaba Ricardo Olano a quien osaba salir en defensa de una que otra muestra de lo que pudiera considerarse un patrimonio digno de conservar para las generaciones venideras—.

Ese año de 1940 la ciudad inauguró el Hotel Nutibara, moderno y sofisticado para la época, a la altura de los anhelos de estrellato de la elite local. Diseñado por Paul Revere Williams, un arquitecto californiano con glamur hollywoodense, es quizás el edificio que mejor marca el inicio del cambio de decorado y de un nuevo look *ensanchao* para paisaje urbano de la ciudad.

Por su parte, a Ricardo Olano, prominente líder de la Sociedad de Mejoras Públicas (SMP), le parecía inconcebible que una ciudad tan importante como Medellín no tuviera una vía amplia, arborizada y con andenes espaciosos, que condujera a visitantes y turistas desde la estación del ferrocarril hasta las joyas arquitectónicas del momento: el Hotel Europa y el Teatro Junín.

Así pues, con la ampliación de la carrera Junín a partir de 1942, una especie de Milla de Oro de la época y la primera promovida por la SMP —proyectada desde la avenida La Playa hasta la avenida San Juan— comienza el relato de un edificio que marcaría la historia de la ciudad y que más tarde quedaría tatuada de forma trágica y en diminutivo en el imaginario ciudadano.

El edificio Fabricato, construido hace setenta años en la esquina de la carrera Junín con calle Boyacá, justo en la trastienda de la iglesia de La Candelaria, sería el símbolo del esplendor textilero de la región hasta los años setenta —cuando se levantó el edificio Coltejer— y casi veinte años después de construido se convertiría en el escenario de un crimen horrendo con visos de *thriller* sentimental, que involucró a dos humildes trabajadores, atrapados en el relicente casco de la edificación.

Desde el “tenebroso y sangriento” crimen del Aguacatal, cometido el 2 de septiembre de 1873, Medellín no tenía una historia criminal que acaparara tanto su imaginación. Por primera vez dos obreros, empleados rasos de una fábrica, se roban las luces, las grabadoras y las primeras páginas de la película industrial de la Medellín de finales de los años sesenta.

“Todos estos edificios que hay en este sector, La Bastilla, La Naviera, el Bemogú, lo mismo que todos los de la zona bancaria, de los cuarenta e inicios de los cincuenta, tienen que ver con la ampliación de calles”, dice Luis Fernando González, arquitecto constructor y docente de la Universidad Nacional, mientras almuerza en el restaurante El mirador gourmet, ubicado en la terraza del edificio Fabricato.

La emoción que siente Luis Fernando al hablar y contemplar desde lo alto esos edificios que rodean el Parque de Berrío es similar a la de un adolescente *nerd* en un museo de ciencia y tecnología. Una emoción rejuvenecedora, como si él mismo se sintiera un Ignacio Vieira —arquitecto de La Naviera, Bemogú, La Bastilla, entre otros— o un Federico Blodek —arquitecto de los edificios de Fabricato, Banco de Colombia y Suramericana— en esos años cuarenta, cuando las condiciones conceptuales y constructivas estuvieron dadas para transgredir el límite impuesto por las cúpulas de las iglesias.

El edificio Fabricato, cómo no, sería el más alto en su momento. Dejaría a sus pies, como a una niña cogida de la mano, a la iglesia de La Candelaria, y se igualaría en pundonor con el Teatro Junín. “Valorización de lotes más ensanche de vías, igual edificios en altura. Esa formulita se aplicó en los cuarenta y empezó a formar el nuevo paisaje del Centro de Medellín. Esa formulita traía la condición de progreso, Olano hacía las cuentas de lo que se invertía por metro cuadrado y de las ganancias. Progreso era plata y también una arquitectura moderna, que significaba edificios en altura y solo se hacen en los cuarenta cuando entró el concreto armado”, agrega González, cada vez más práctico y reflexivo.

“Serenos, estrictos. Transparente. Alejado del ruido. Arquitecto de pocas palabras... de estatura mediana. El movimiento de sus manos y su andar, pausados. Precisos, sus gestos y palabras. Sus ojos... son claros. Su cabello blanco”, así describe la periodista Margaritainés Restrepo a Federico Blodek en un libro dedicado a su obra. Este arquitecto austriaco, nacido en Viena en 1905, responsable de concebir el edificio Fabricato como la caja de una gran planta eléctrica, aportó su visión de la arquitectura y sus construcciones a ese estilo ecléctico, a manera de salpicón tropical, que abunda en Medellín. “El esplendor de la arquitectura moderna austriaca se manifiesta en Medellín a través de la obra del arquitecto en numerosos proyectos de edificios de apartamentos y oficinas en el centro de la ciudad”, dice Mercedes Vélez White en *Arquitectura contemporánea en Medellín*. Con Blodek se afianza la entrada de un modernismo que bebía de múltiples influencias.

El profesor González aclara las particularidades: “En la arquitectura llamada moderna cabe todo. Cuando uno habla de moderno, ¿habla de funcionalista, expresionista, racionalista? Blodek había bebido de todo ese modernismo. En Medellín hace parte de una arquitectura que no es racionalista, una transición

entre modernista y los inicios del funcionalismo en la ciudad, no es la simplificación extrema, porque hay elementos redondeados, del Expresionismo alemán, por eso el edificio de La Naviera es redondeado, como una proa, es una modernidad temprana, toda la modernidad no es racionalista, no es funcionalista, bebe del *art nouveau* y el *art déco* franceses, el Style belga y holandés, la Secesión vienesa, la Bauhaus y el Expresionismo alemanes”.

Sobre la ampliada y valorizada Junín se sembraron los cimientos de ese modernismo y lentamente se convirtió en ese “rendez-vous de lo más elegante de la sociedad de Medellín”, como dice Pedro Rodríguez Mira en su *Significado histórico del nombre de algunas calles y carreras de la ciudad de Medellín*.

Fue en esa “milla” de vitrinas lujosas y fachadas de piedra bogotana con destellos dorados que el domingo 13 de octubre de 1968, en la entrada del edificio Fabricato, el portero y encargado de oficios varios Abel Antonio Saldarriaga Posada, de 36 años y conocido como Posadita, vio por última vez con vida a la ascensorista Ana Agudelo Ramírez, de 23 años de edad.

La cabeza putrefacta y partes del cuerpo descuartizado de Anita, como le decían sus compañeros de trabajo, fueron encontradas doce días después escondidas en el buitrón y el ducto de ventilación del edificio y en el techo de un local contiguo. “De las cien partes en que teóricamente dividieron los médicos legistas el cuerpo de la víctima, solo fueron halladas 81, pues algunas porciones fueron posiblemente arrojadas por los inodoros, o sacadas del edificio”, escribió el cronista judicial Alfonso Upegui, Don Upo, en *El Colombiano*, en 1971.

En la primavera eterna del 68, de las nobles entrañas de un edificio emblemático, brotó un reguero de sangre. “El crimen ocurrió en un momento en que Fabricato era la textilera más importante, patrimonio de los antioqueños. Era el rascacielos de la ciudad, el más elegante, en su vitrina se mostraba la moda del momento. Todo eso hizo que un crimen así generara mucha conmoción y curiosidad, y con el paso del tiempo se fue convirtiendo en leyenda. Todavía hoy nos preguntamos cómo inauguró un periodismo judicial, una noción nuestra de los crímenes. Después vendrían las masacres terribles de los narcotraficantes y los paramilitares. Este crimen fue inaugural de muchas cosas que pasaron después con la criminalidad en Medellín”, dice Luz Ofelia Jaramillo, periodista y autora de *El caso Posadita: un crimen contado dos veces*, en una entrevista para el periódico *Centrópolis*.

Los despojos de Anita reposan en el cementerio de San Pedro, y de Abel Antonio, cumplida su condena hace ya varias décadas, dicen que pasa los días de sus 85 años, casi ciego, sentado en una banca de un parque de un barrio popular. Una imagen inquietante que serviría como escena de apertura de una película que esconde más de un crimen y la duda terca de una conspiración de clase para inculpar a un inocente pobre. Una película como la que el director Víctor Gaviria quiso hacer.

Al mediodía de un día cualquiera de semana, horas en las que está abierto el restaurante de la terraza, uno puede encontrarse en la entrada del edificio sobre la calle Boyacá a David Gutiérrez Rojas, con uniforme azul, de pelo cano, piel blanca tostada por el sol y el rostro afable de campesino nacido en Santa Elena. Durante 35 años fue el vigilante en el turno de la noche y desde 2012 es el encargado de oficios varios. El heredero de la estela dejada por Posadita.

Desde las siete de la mañana trapea los pisos y sacude los tres ascensores Westinghouse, ahora automáticos, pero que conservan el forro de los vestíbulos en mármol rojo del levante italiano. En el primero era donde Anita subía y bajaba la gracia y dulzura que decían que tenía, desde donde transportaba las ilusiones de sus pretendientes —porque Posadita no fue el único que se quedó atrapado en ese ascensor llamado deseo—.

Luego David limpia los zócalos y las instalaciones de las escaleras en mármol de Carrara y los baños forrados en vitrolite importado de Inglaterra, que todavía cuentan con algunos inodoros de pedestal y lavamanos blancos originales de marca Standar, “de procedencia extranjera”, como se lee en el reglamento de propiedad horizontal y que emocionan a Luis Fernando González cuando recorre los pisos después de terminar su almuerzo.

Un edificio con una estructura en concreto reforzado diseñado con normas y códigos internacionales; con materiales y acabados resistentes al fuego; puertas, ventanas, chapas y cerrojos de primera calidad; con chut de basura y de correo y un sistema de ventilación con extractores en varios pisos. Las condiciones conceptuales y constructivas estaban dadas para que Medellín contara la historia de su primer gran crimen moderno. Arquitectura al servicio de una leyenda.

“Esto era arquitectura de calidad, tiene setenta años y se conserva original, con *halls* amplios en cada piso, cielorrasos con iluminación indirecta y luz natural que entra a través de los ventanales del

cubo de las escaleras, carpintería metálica importada, decoración en las formas y en los materiales”, dice Luis Fernando y se adentra por un pasillo hasta un ventanal de aluminio y vidrio —también de “procedencia extranjera”— para enseñarme el mecanismo de cierre y apertura con bisagras corrediizas que nos lanza como en un viaje en el tiempo.

Hasta aquellos años en que portero y ascensoristas vestían uniformes con quepis, delantales y guantes blancos, cuando en la vitrina afuera de la entrada principal —donde hoy se muestra información del Banco Agrario— se exhibían las colecciones de Fabricato y desde la entrada se veía al frente el lujoso almacén Parisina —donde hoy está Ragged—.

La vista desde el ventanal nos trae de vuelta al abigarrado presente de la aglomeración de locales comerciales y ventas estacionarias con sombrillas de colores que convierten a Boyacá en una especie de galería de plaza de mercado. Desde la calle hay que esquivar venteros para apreciar el acceso principal y la vitrina en forma de pasaje peatonal que componen una “esquina magistral del centro de la ciudad”, al decir de Mercedes Vélez White.

Encerrados en un pequeño cuarto de utilería, ubicado en la terraza, con la vista de las cúpulas de La Candelaria a nuestras espaldas y el Centro de Medellín que parece al alcance de la mano, David me cuenta de su llegada al edificio el 10 de septiembre de 1977, cuando tenía 21 años. Había acabado de prestar servicio militar y le ofrecieron el puesto de portero nocturno donde ya trabajaba su hermano Gerardo como portero en el día. No tenía idea de que allí había ocurrido el sonado crimen del sótano. “Llevaba como una semana cuando me dijeron que una tal Mona espantaba, que habían matado a una muchacha. No sé si Anita era mona o qué. Mi trabajo ha sido normalito, nada raro, mucha especulación, pero en estos años no he sentido nada o soy muy de malas que ni siquiera un espanto me ha salido. Por eso digo que es un mito. No se sabe dónde la mató, si fue él, porque pagó cárcel y sigue diciendo que no fue”, dice David.

Quizás por de buenas no se dio cuenta cuando durante su turno mataron a un fotógrafo en la oficina 706. “Alguien dijo que había estado secuestrado y que era periodista. Tenía aparatos de filmación para eventos y los alquilaba. A este señor le gustaban los pelaos y ponía un aviso en la prensa y venían bastantes jóvenes. Eso fue como en 1989. El había venido en el día, la última vez que lo vieron fue antes del mediodía. Volvió tipo 11:30 de la noche. Había unas



decoradoras de las vitrinas de Fabricato en la 716 y 717 y ese día se quedaron hasta la 1:30 de la mañana. Ellas salieron y yo subí a revisar las puertas y apagar las luces. Todas las puertas estaban con llave. El señor era casado y no llegó a la casa. Lo buscaron en las estaciones de policía, en Policlínica, y no lo encontraron. Mucho más tarde vinieron al edificio a buscar en la oficina. Lo encontraron degollado y con puñaladas en las manos. Llegué a recibir el turno temprano y encontré a mi hermano asustadísimo y me contó. Al momento bajaron el cuerpo en una carretilla para mover mercancía, bañado en sangre, descubierto, y lo montaron en una patrulla. Ahí sí me asusté. ¡Yo había amanecido con él! Esa noche me quedé en la puerta sentado, sin nada de sueño, impresionado. Fue uno de esos muchachos conocidos”, dice David sentado tras un escritorio viejo.

Crímenes pasionales que por alguna razón se desataron al interior de la edificación; hilos de un telar macabro que empezó a tejerse incluso antes de que alguien desperdigara la humanidad de Anita y rompiera el manto tranquilo que cubría a la ciudad. Un alto ejecutivo de Fabricato ya había matado a su esposa en el sótano del edificio.

Y digo “alguien” porque el mito se resiste a condenar a Abel Antonio. Todavía hay quienes insisten en la inocencia de Posadita y cuentan historias que deleitarían aún más a la crónica roja. Hay una versión, con canibalismo involuntario, que inculpa a la esposa del gerente de ventas de Fabricato de ese momento. David me la cuenta con la serenidad de un campesino que ve una puesta de sol: “Él y su esposa tenían discusiones por celos con Anita. Me lo contó un juez que estuvo en el juicio. Se dice que la esposa hizo el almuerzo y que le dio al marido un pedazo de la vagina de Anita de carne. Cuando el hombre terminó de almorzar, la esposa le dijo: ‘¿Te la querías comer? Ahí te la comiste’. Eso lo escuchó la empleada del servicio. Él no supo a qué se refería la esposa. En ese entonces se hacía la siesta, se levantó, se duchó, y saliendo del garaje lo mataron. A Anita la desaparecieron el domingo y eso fue al martes, porque era puente. Entonces la gente relaciona una cosa con la otra”.

Para el momento de la llegada de David a Fabricato, a finales de los setenta, la pompa del edificio iba en retirada y se anunciaba la decadencia venidera. La aguja del Coltejer ya tejía su sombra sobre la competencia. Con los años y las crisis financieras por las que atravesó Fabricato en los ochenta y noventa —que la llevaron a firmar un concordato y acogerse a la ley de quiebras—, las oficinas pasaron a manos de particulares, en su mayoría abogados, algunos contadores, prestamistas, una venta de pantalones, una empresa de trabajos temporales, el Banco Agrario, que hoy constituyen una propiedad horizontal con ocho locales comerciales, 132 oficinas y un restaurante en la terraza. ©



En bicicleta hasta Macondo

por MARCOS PEREDA

Fotografías: Archivo BPP

A Gabriel García Márquez lo salvó la Palabra de un sacerdote. O, al menos, una palabra que dijo un sacerdote. Tenía apenas doce años y paseaba despreocupado, los ojos llenos de imágenes y vidas. Tan abstracto iba que no vio cómo una bicicleta se le echaba encima. Lo hubiese atropellado de no ser por el grito de un cura. “Ya vio lo que es el poder de la Palabra”, dice García Márquez que le dijo. Y jamás iba a olvidarse de tal afirmación, aunque a veces gustase de restar la mayúscula, por aquello de quitarle solemnidad al asunto.

Al García Márquez adulto se le caían las bicis por entre las letras a menudo. Eran toques tiernos, soñadores, con un puntito irónico, como ese recuerdo de adolescencia que dibujaba futuros. Pero hubo una vez en que los verbos se le hicieron ruedas, y dedicó una pieza extensa, dulce y delicada, al deporte ciclista. Claro que el protagonista de la misma lo merecía.

Cuando Gabriel García Márquez entrevistó a Ramón Hoyos en 1955 está claro quién es la estrella y quién el temporero de la gloria. El antioqueño lleva ganadas ya tres Vueltas a Colombia (solo se habían disputado cinco), y puede ser definido fácilmente como el mejor ciclista colombiano del momento. Es una figura, alguien a quien paran por la calle. Un rostro reconocible que preside los salones de muchas casas en Medellín, en Bello, en Rionegro. Allí, cuentan, se colgaba una estampa de la virgen local y, al lado, otra de Ramón Hoyos. El “santo de todos los ciclistas” lo llama el autor en un pasaje de esta maravillosa charla por entregas.

Porque no estamos ante una biografía usual. El entrevistador, el periodista, es un joven de Aracataca que trabaja para *El Espectador* haciendo crónicas de todo tipo. El mismo año en que habla con Hoyos, García Márquez alcanzará la popularidad de la manera más dura: su *Relato de un naufragio* revela irregularidades en la Marina colombiana y el literato, que se encuentra en Europa haciendo una serie de reportajes, es invitado a no volver a su país. La dictadura de Rojas Pinilla no podía consentir que hubiera dudas sobre el sacrosanto ejército. Así que Gabo entra en la fama antes como exiliado que como escritor.

Pero, eso sí, escritor ya era. En 1955 publica *La hojarasca*, su ópera prima. “¿Cómo hizo usted para aprender ortografía?”, llega a preguntarle un atribulado Ramón Hoyos tras enterarse del hecho. Y Márquez responde, guasón: “Eso no se aprende nunca, mis errores los corrige el linotipista”. En aquella obra aparece por primera vez Macondo, y se dejan sentir ya muchos de los grandes temas de García Márquez. Los mismos que van a salpicar las páginas de la biografía de Hoyos, porque Gabo siempre fue narrador glotón, omnisciente en forma y fondo, que dibujaba realidades sobre las realidades de los demás, que paladeaba el adjetivo suave

y cadencioso para que el mundo sonase como a él le gustaba escucharlo. En otras palabras, el escritor que conversa con Ramón Hoyos es ya el deicida que más tarde alumbrará todo un universo mientras derrumba a cuantos dioses se le pongan por delante. Menos a uno, supongo. La Palabra.

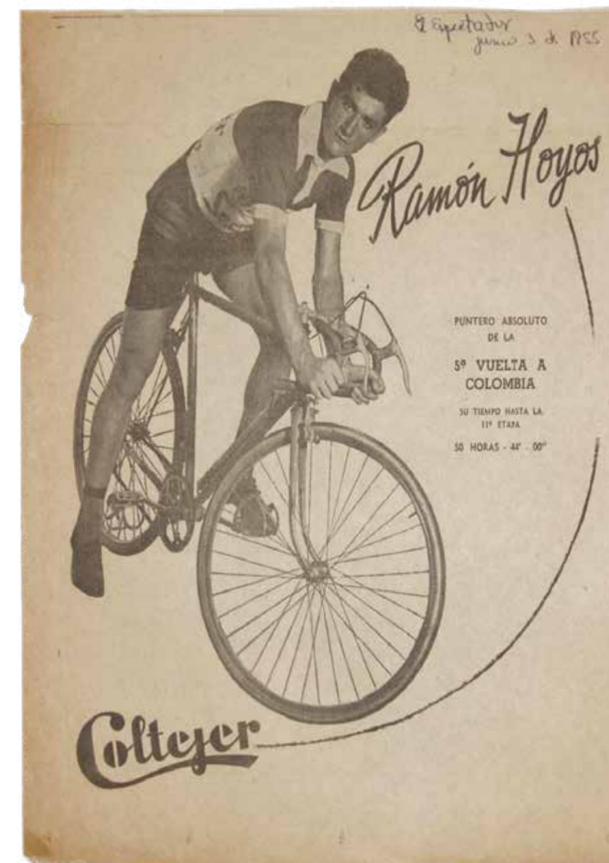
(Por cierto, lo de deicida se lo puso a García Márquez su primero amigo y después enemigo irreconciliable Mario Vargas Llosa. Y quizá haya una enseñanza en que esa sea la mejor definición que jamás se ha hecho del cataquero. La que le regala un rival a todos los niveles).

Pero hablábamos de García Márquez, y de su conversación con Hoyos. Esa es la que se le cuelan las frases laberínticas que más tarde serán de Premio Nobel. El orfebre de la lengua se muestra ya aquí. Quizá dubitativo, a lo mejor conservador en la forma, pero intuitivo, potencial. Y encuentra para expresarse una historia maravillosa, una que, veremos, funde lo real y lo mágico como más tarde ocurriría cada atardecer en aquel Macondo de Buendías y venganzas. Una biografía que más parece cuento de hadas. La de Ramón Hoyos.

Aquellas primeras Vueltas a Colombia poco tienen que ver con la competencia moderna y consolidada que existe hoy. La idea de la Vuelta rondaba desde la década de los años cuarenta del pasado siglo, pero hasta 1951 nadie tendrá la locura suficiente para llevarla a cabo. Será el periódico *El Tiempo* el que logre convocar a 35 ciclistas para que recorran, con salida frente a sus propias oficinas, la primera de las diez etapas que tenía la inicial Vuelta a Colombia. En total, 1233 kilómetros. El campeón pionero será Efraín ‘el Zipa’ Forero, que saca 2 horas y 19 minutos a Roberto Cano, el segundo clasificado. El cuarto y primer extranjero, un ecuatoriano llamado Luis Galo Chiriboga, queda a 4 horas y 48 minutos. Ya solo las diferencias nos hablan de otro mundo, de otro país, diferentes carreteras, distintas circunstancias. Por cierto, mientras informé de aquella exitosa primera edición, el cabezote del periódico organizador aparecía orgullosamente presidido por un “Este periódico se publica bajo censura oficial...”.

Esa Vuelta “imaginaba” Colombia como nadie antes había osado hacer. Las noticias en prensa, los boletines en radio... todo contribuía a crear una sensación nacional. Escuchando las hazañas de los pedalistas, los colombianos aprendían la geografía de su propia tierra, imaginaban paisajes ajenos, en ocasiones inconcebibles (pensemos que era una época anterior a la llegada del televisor). A lomos de la bicicleta de sus ídolos todos iban dibujando en su mente la verdadera imagen de un país que sentían cada vez más como el suyo.

Y en esos tiempos de héroes más que de deportistas destaca la figura egregia, santo laico, casi icono de catedral, de Ramón Hoyos. Ramón Hoyos, que fue auténtica leyenda. Ramón Hoyos, que subía de manera desgarrada,



Publicidad Coltejer. Gabriel Carvajal, 1955.

con las piernas muy separadas del cuadro de la bicicleta, con el tronco muy inclinado sobre el manillar. “Parece un saltamontes”, pensó de él Jorge Enrique Buitrago, Mirón (aunque otros dicen que fue Carlos Arturo Rueda). “Parece un saltamontes”, pensó, pero como no brotaba en su mente la palabra concreta se confundió de insecto. “Parece un escarabajo”, fue lo que finalmente dijo. Un escarabajo. El error que bautiza a una raza diferente de pedalistas. El primer escarabajo: ese fue Ramón Hoyos.

De sus victorias, de sus récords, de sus increíbles demostraciones por los puertos de todo el país, podemos hablar en otra ocasión. El palmarés no es lo que nos interesa ahora. Las sensaciones, los símbolos, las metáforas. Las palabras. Eso anhelamos. Las que Gabo pone en boca de Hoyos y Hoyos pintarraja en la mente de Gabo.

Porque la figura de Ramón Hoyos, su devenir vital, se le antoja sabroso material al escritor en ciernes. Nada menos que un ídolo absoluto, un hombre que a veces parece que fuera todos los hombres, un personaje que aglutina en sí los grandes temas que luego darán fama inmortal a García Márquez. Porque por los recuerdos de Hoyos circulan, en pedaladas furiosas, las sombras que más tarde van a habitar Macondo.

Lo telúrico, por ejemplo, que aparece como si fuese símbolo recurrente durante toda la carrera de Hoyos. La tierra en Santa Elena, corriendo hasta sepultar su hogar, llevándose por delante a su madre y a su hermana. O cuando está en mitad de una competición, cubierto completamente de polvo, cegados los ojos, avanzando a ciegas. Polvo amasado con sudor que forma costra de cieno sobre su piel brillante. O el barro en la boca después de una caída en su primera Vuelta a Colombia. Saliva marrón, aliento a petricor. Como la Rebeca de *Cien años de soledad*, que comía tierra cuando el mundo la golpeaba. O el festín de hierba fresca en *La hojarasca*. La vida de Hoyos y la obra de García Márquez se entrelazan sin remedio.

A aquella II Vuelta a Colombia, la primera que él corrió, llegó Hoyos casi por casualidad. Apenas llevaba unos meses compitiendo como *amateur* cuando Ramiro Mejía, un hombre de Antioquia, le comunicó que lo quería en el equipo que iba a representar al departamento. Ramisolas sin publicidad en una época donde cualquier ayuda era buena para



Vuelta a Colombia. Horacio Gil, 1966.



Ramón Hoyos. Archivo particular, 1958.



Vuelta a Colombia. Horacio Gil, s.f.

poder conseguir el objetivo. Años más tarde a Cochise Rodríguez lo patrocinará en la Vuelta una eterna enamorada suya, quizá buscando ablandar su corazón de ciclista indomable. Lo de Luis Alfaro fue bastante distinto: en el pecho de su maillot se podrá leer la expresión "Virgen del Carmen".

El debut de Ramón Hoyos es toda una odisea, y no resulta difícil imaginarse a García Márquez estremecido de puro placer ante la historia que le iba brotando ante los ojos. El mundo disfrazado de literatura. Y, al fondo, el novelista en ciernes que hace y deshace con las herramientas que la realidad le otorga. Que son preciosas. Que son puras, bellas, imposibles de mejorar con el fallido mecanismo de la ficción.

En la primera etapa pronto queda Hoyos solo a cola del pelotón, perdiendo cada vez más y más tiempo hasta que, en un momento, ningún otro competidor se atisba en el horizonte. Entonces ocurre. Una piedra, una pedalada en falso, un quiebro. Ramón Hoyos cae, y su frente choca contra una roca. La ambulancia de la carrera acude a auxiliarle, el enfermero consigue que recupere el conocimiento, lo pone de pie, lo ayuda a subir al vehículo para que abandone. "Total, los demás ya están demasiado lejos". Pero Hoyos se niega, vuelve a montar en la bicicleta, empieza a pedalear lentamente, sintiendo dentro de su cabeza como si un animal palpitase. Uno de sus ojos está ciego a causa del golpe. Aun así, logra llegar a la meta de Honda. Desierta. Todos, ciclistas, organizadores y aficionados, se han marchado hace rato. Tanto sufrimiento para nada.

La ambulancia, que nunca se ha separado de Ramón, insiste en llevarlo a un hospital de Honda atendido por religiosas. Allí lo ingresan... solo para que el ciclista se escape a la mañana siguiente para continuar con la competición. Hay un pequeño problema: está descalificado por llegar demasiado tarde en la primera etapa. Pero otro de los eliminados se apellida Ramírez, y es sargento del ejército, así que los organizadores reciben presiones para que sean benévolo con el cierre de control. Acorralados, dejan que Ramírez, el militar, continúe en carrera. "Yo también quiero", dice Ramón Hoyos. "Pero usted, ¿podrá correr con ese ojo?", le preguntan. Y el antioqueño, flemático y genial, responde: "Para lo que hay que ver con un ojo me basta". Y uno puede atisbar a García Márquez regodeándose en su suerte, paladeando una historia como aquella, de tragedia y héroes, de humor y acción.

Al final Hoyos convence a todos y sale unos minutos después que el resto del pelotón... con su maleta aún en la mano. Eso sí, al día siguiente dará la primera muestra de su valía, ascendiendo el majestuoso Páramo de Letras en cabeza. El Páramo es el puerto más alto de Colombia, un monstruo de más de cincuenta kilómetros de ascenso que separa a Fresno de Manizales, el templo más prestigioso, más sagrado, de la Vuelta a Colombia en aquellos años. Y allí Hoyos, el ojo aún hinchado, una enorme costrosa sanguinolenta cruzándole la frente, resurge. A su estilo natural, ya de por sí tosco, hay que añadir el dolor de las caídas, que no le permite pedalear con normalidad. Así que asciende de forma rara, como si fuese un hombre contrahecho. Es en aquella pendiente eterna cuando Buitrago lo ve, cuando le recuerda a un saltamontes, cuando, por error, lo llama escarabajo. La leyenda, una que dura hasta nuestros días, ha comenzado.

Aunque quedarán emociones fuertes en aquel su debut en la Vuelta. Por de pronto, el amargor de quedar último en otra etapa, de llegar cuando el público ya se está retirando, de sufrir, incluso, un botellazo lanzado por algún desalmado que quería divertirse a costa del pedaleador desgraciado. El golpe vuelve a

abrirle la herida de la cabeza, así que Ramón Hoyos detiene a un campesino que llegaba cargado del mercado y le pregunta: "¿Tienes algo para el dolor de cabeza y una naranjada?". Y así, dolorido y refrescado, continúa. Siempre continúa. Días después, en la llegada a Sevilla, logrará ganar la etapa. Es su primera gran victoria, la más inolvidable. Al año siguiente, piensa, podrá volver para imponerse en la general.

Otro de los aspectos fundamentales de la literatura de García Márquez que aparece en esta crónica (que, como vemos, excede en mucho al habitual reportaje periodístico y más parece experimento metanarrativo que otra cosa) es el costumbrismo. El costumbrismo en los orígenes humildes de Hoyos, en sus primeras carreras con carros de madera allá en Marinilla. En su rutina, casi maniática, de limpiar una vez a la semana todos sus trofeos. "Lo hago con agua de colonia, gasto un frasco cada poco tiempo". En las Vírgenes de maillots y premios, en las muchedumbres que abarrotan las cunetas. Cada rostro una historia, cada cara un secreto, parece decirnos García Márquez.

Cada secreto un mundo. La primera victoria de Ramón Hoyos en la clasificación general de la Vuelta a Colombia es buen ejemplo de esto. Llega en la tercera edición de la prueba, solo un año después de su rosario de emociones durante el debut. Pero su dominio absoluto (saca una hora y cuarto al segundo clasificado) no hace más tranquilo el éxito. Durante la última etapa, con meta en Bogotá, Hoyos teme que los aficionados lo linchen a golpes, expresando así su descontento porque un antioqueño haya dominado la prueba de principio a fin (ganó ocho etapas, más de la mitad de las disputadas). Así que Ramón hace venir de Antioquia a cuatro amigos en sendas motocicletas que lo irán custodiando durante todo el trayecto de esa jornada final. Revólver en mano, por supuesto. La imagen es suficientemente pintoresca como para retenerla en la memoria. Y aún no hemos llegado al final... Porque entrando como vencedor en Bogotá de nada sirven guardaespaldas ante la inmensa muchedumbre que espera a los ciclistas. Empiezan a llover golpes, y Ramón entra corriendo en un camión. "Arranca, arranca", dice al conductor, pero es inútil, porque unas manos anónimas lo han sacado de la cabina y lo están pateando en el suelo. Al final es el mismo Hoyos quien toma el volante y, atropellando algunas docenas de pies, consigue salir de aquel tumulto. Cuando se calma se da cuenta de que su bicicleta no está con él. Le han robado la máquina con la que ganó su primera Vuelta a Colombia.

El más puro realismo mágico surge también por doquier en la narración del joven Gabriel García Márquez. Porque, ¿qué puede ser más maravilloso, más deliciosamente fantástico, que la misma realidad? Es por eso por lo que la biografía de Hoyos aparece salpicada aquí y allá por hechos que pasarían por habituales en Macondo, incluso en, deliciosa iconoclastia, Comala. No es ficción, porque no hace falta la ficción cuando se relatan vidas extraordinarias.

Y así vemos al narrador paladear hechos apenas anecdóticos de la vida del escarabajo, que van conformando un crisol aterciopelado de su personalidad y de su tiempo. Como aquella Virgen del Carmen de 75 centímetros de altura que le regalaron tras ganar su tercera Vuelta a Colombia y que el campeón cuidaba con mimo. O recuerdos de su infancia, de su juventud. La primera vez que vio a alguien subido en una bicicleta y le preguntó que cómo hacía para no caerse. "Es con secreto", le contestó el desconocido. Con secreto. O cuando era carnicero y entraron a robar en su comercio mientras él estaba ausente. La refriega



Vuelta a Colombia. Horacio Gil, 1970.

se hizo violenta y hubo muertos. Cuando Ramón volvió a su trabajo encontró la carnicería rodeada de curiosos. "¿Qué ha pasado?", interrogó a uno. "Nada, que mataron a Ramón Hoyos", le contestaron.

La muerte siempre rondó cerca de Hoyos, como lo hacía con todos los ciclistas en aquella época de carreteras infames y escasas asistencias. Pensemos que durante la V Vuelta a Colombia los corredores amenazaron con retirarse de la prueba debido al estado en que se encontraban sus máquinas tras recorrer durante horas y horas senderos que no merecían tal nombre, pedregales montañosos, ríos que vadeaban a pie con la bicicleta al hombro, cenagales fangosos donde se hundían los tubulares...

Pero cuando la muerte golpea con fuerza a Ramón Hoyos la escena vuelve a tornarse simbólica, vuelve a disfrazarse de realismo mágico dentro de la tragedia, se remueve el poder telúrico que reclama lo suyo como propio. Ocurre mientras Ramón está alistado en el ejército. Defendiendo sus colores logrará imponerse en su tercera Vuelta a Colombia consecutiva. García Márquez no deja pasar la oportunidad de señalar de forma irónica, casi inapreciable, las ventajas que tenía la Armada en este tipo de situaciones, el abuso que suponía arrancar a los mejores deportistas algunos años sin remedio alguno. Pero en el ejército conocerá Hoyos además del éxito los mayores sinsabores de su vida. Se rompe las dos manos, debe guardar reposo mientras se recupera. Y entonces ocurre.

Hoyos está leyendo en su cama una carta de su madre. En ella la mujer le cuenta banalidades de su día a día, le dice que está bien, y termina con una admonición: "Cuidate mucho, hijo". A esa misma hora, a muchos kilómetros de distancia, un cerro cerca al corregimiento de Santa Elena, en Medellín, empieza a moverse. Cada vez más rápido, cada vez más violento, devorando cuanto encuentra a su paso en un derrumbe que pronto se viste de tragedia. En el ascenso a Santa Elena venció Ramón su primera competencia en bicicleta. Ahora esa montaña entierra a los suyos, se lleva la vida de su madre y de su hermana... Pero él todavía no lo sabe. Esa misma noche, ignorante de la noticia, sueña con la mamá. En el sueño ella está postrada en la cama de un hospital, con la pierna quebrada. "Tranquilo, Ramón", dice con esa voz que en las madrugadas oníricas es la de todas las voces, "todo está bien, es solo una pierna". A Hoyos lo despierta otro soldado y le da la noticia. Recuerda la carta, recuerda el sueño. El verbo de García Márquez parece estremecerse, se hace más moroso, cálido, mira con ternura a quien perdió lo que más amaba. El deícida no puede evitar ponerse del lado de la criatura. El realismo mágico está brotando en una crónica periodística...

Cómo lo hacen, preguntamos al narrador; también, claro, al ciclista.

Es con secreto, nos pueden contestar. ©



Vuelta a Colombia. Horacio Gil, s.f.

MANUEL DEL SOCORRO RODRÍGUEZ: INANE, INOCUO, PRESCINDIBLE

por CARLOS BUENO OSORIO

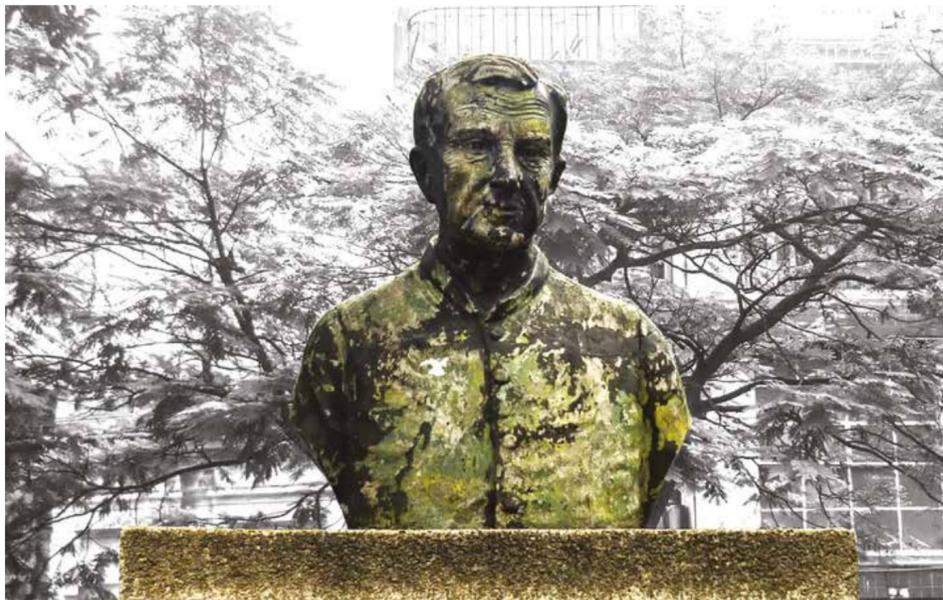
Un día cualquiera del horrible año de 1816, el Pacificador Pablo Morillo ordenó el arresto de Manuel del Socorro Rodríguez, que vivía desde muchos años atrás en su habitación de la biblioteca local de Santafé de Bogotá.

Tras dos días de arresto domiciliario el jefe español se presentó a interrogar al inofensivo cubano sobre su participación en el movimiento emancipador. Notó de inmediato que un retrato de Fernando VII estaba colgado en un sitio visible del salón. Estaba allí desde 1809. Al verlo, don Pablo aplacó su rabietta y ordenó la inmediata libertad de Rodríguez. Este señor figura en nuestra triste historia como padre del periodismo colombiano porque editó desde el 9 de febrero de 1791 el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, del cual sacó 270 números.

En mi historia personal, Manuel del Socorro apareció por primera vez como sacado del magín del congresista Hernando Echeverri Mejía en los días en que se discutía la aprobación de la Ley 51 de 1975, declarada inexecutable tantos años después por la Corte Constitucional. Aún no son claros para mí varios asuntos relacionados con este tema. El primero es sobre la utilidad, conveniencia, necesidad o como quiera decirse, de un día especial para la conmemoración de este oficio. Podríamos hacerla coincidir con la del peluquero, la secretaria, los decoradores, los ingenieros o las putas. Nada cambia. Nada soluciona. Para nada sirve. Igual fue la vida y obra del señor Manuel del Socorro Rodríguez.

Estamos en la Santafé de finales del siglo XVIII, pacata capital del virreinato de Nueva Granada. Un pueblo grande de que no llega a veinte mil habitantes, situado en medio de los Andes y a varios meses de distancia de la metrópoli. Don Manuel cerraba un periódico y abría otro. En 1806 publicó 71 ejemplares de *El Redactor Americano*; en 1807, la revista mensual *El Alternativo del Redactor Americano*, que llegó hasta el número 47. Luego del Grito de Independencia, el 20 de julio de 1810, la situación económica de Rodríguez se complicó, pues el nuevo gobierno dejó de pagarle el sueldo de bibliotecario. Tuvo que vivir de la caridad pública, muy especialmente de la ayuda de la familia de Manuel de Bernardo Álvarez, tío de Nariño, y de Jorge Tadeo Lozano.

Inicialmente ejerció funciones de redactor de *La Constitución Feliz*, órgano oficial de la Junta Suprema, y cuyo único número daba cuenta de las novedades ocurridas en Santafé de Bogotá entre el 20 de julio y el 17 de agosto de 1810. Más tarde, Rodríguez fue miembro del Colegio Electoral de Cundinamarca y colaboró activamente en el gobierno de Antonio Nariño. La expresión de Manuel del Socorro Rodríguez, que señala al gobierno de Nariño como “digno por



cierto de desearse eterno” no era gratuita, ni un simple elogio.

Manuel del Socorro Rodríguez nació en Cuba. Fue ebanista, dibujante y calígrafo. En esas actividades conoció y trabó estrecha amistad con el gobernador de la isla, brigadier José de Ezpeleta, nombrado en 1789 virrey de la Nueva Granada, quien lo trajo y lo nombró bibliotecario y lo instaló en el edificio de la Biblioteca, en la misma pieza en que Morillo le perdonó la vida por realista.

Quienes conocieron a Manuel del Socorro, elogiaron siempre su paciencia, su tenacidad, pero jamás sus logros periodísticos o literarios. José María Vergara y Vergara lo ponderó, pero advirtió que “no tenía genio, ni inspiración sino laboriosidad, con su mediano ingenio y su alma apacible”.

Su mérito consistió en el incansable servicio a la conservación y adquisición de obras y manuscritos interesantes sobre la viruela, el coto y otras enfermedades tropicales.

Rodríguez sobrevivió tres años a la visita de Morillo. El 3 de junio de 1819 fue encontrado inmóvil en su lecho, vestido con el sayal de los hijos de San Francisco, apoyada la cabeza sobre una piedra y estrechando entre sus manos una rústica cruz hecha de cañas. Extraña escenografía para este pobre personaje.

El bisabuelo de Miguel Antonio Caro, don Francisco Caro, considerado el primer ensayista en prosa del costumbrismo colombiano, que despachaba a sus enemigos con versos agresivos, decía de don Manuel:

Ven aquí, tú, estrafalario Perrazo con piel de zorro. Sal aquí, Manuel Socorro, Pasa aquí, bibliotecario. Si, aprendiz de boticario: No mereces ser trompeta ¿Quién te ha metido a poeta?: no reflexionas, mohíno, que no ha habido escritor fino que tenga un palmo de jeta?

Manuel del Socorro fue animador de una de las tertulias literarias de Santafé de Bogotá con el extravagante, difícil y rebuscado nombre de Eutropélica, palabra proveniente del griego que significa moderación, jocosidad inofensiva. Eran reuniones mansas e inanes, sin profundidad ni trascendencia: “Una diversión como su director, ingenua e inocua”, dice doña Rocío Vélez de Piedrahíta.

Vergara y Vergara dijo que no fueron más allá de las implicaciones de la palabra y que sus producciones eran leves, frías y su director un mediocre. Francisco Caro, el mismo Caro, más agresivo, dijo: “El bibliotecario hacía versos, pero ellos eran la negación de la poesía”. De uno de los poetas participantes en la tertulia Eutropélica, Francisco Antonio Rodríguez, dijo Vergara y Vergara que “su único mérito consistió en que no hay una sola palabra que se entienda”. Don Manuel no pensaba en libros sino en periódico. Y para ser llamado el padre del periodismo colombiano tiene un mérito: cerraba un periódico y abría otro.

La historiografía informa que con el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* se

inició formalmente el periodismo en Colombia. El semanario vio la luz pública el viernes 9 de febrero de 1791 y, sin interrupción, aparecieron 265 números de ocho páginas, en formato de octavo, hasta el 6 de enero de 1797. Su dirección y edición siempre corrió a cargo de Rodríguez. Inicialmente fue armado en la imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, posteriormente en la Imprenta Patriótica de Antonio Nariño, y en 1794, debido al destierro del Precursor, volvió a la imprenta de Espinosa. Tiempo después, a solicitud del virrey Antonio Amar y Borbón, Rodríguez creó un nuevo periódico, *El Redactor Americano*, de distribución quincenal, cuyo primer número apareció el 6 de diciembre de 1806, y que se publicó sin interrupción hasta el 4 de noviembre de 1809. El *Redactor* contó con un suplemento, *El Alternativo al Redactor Americano*, que se publicó mensualmente desde el 27 de enero de 1807 hasta el 27 de noviembre de 1809.

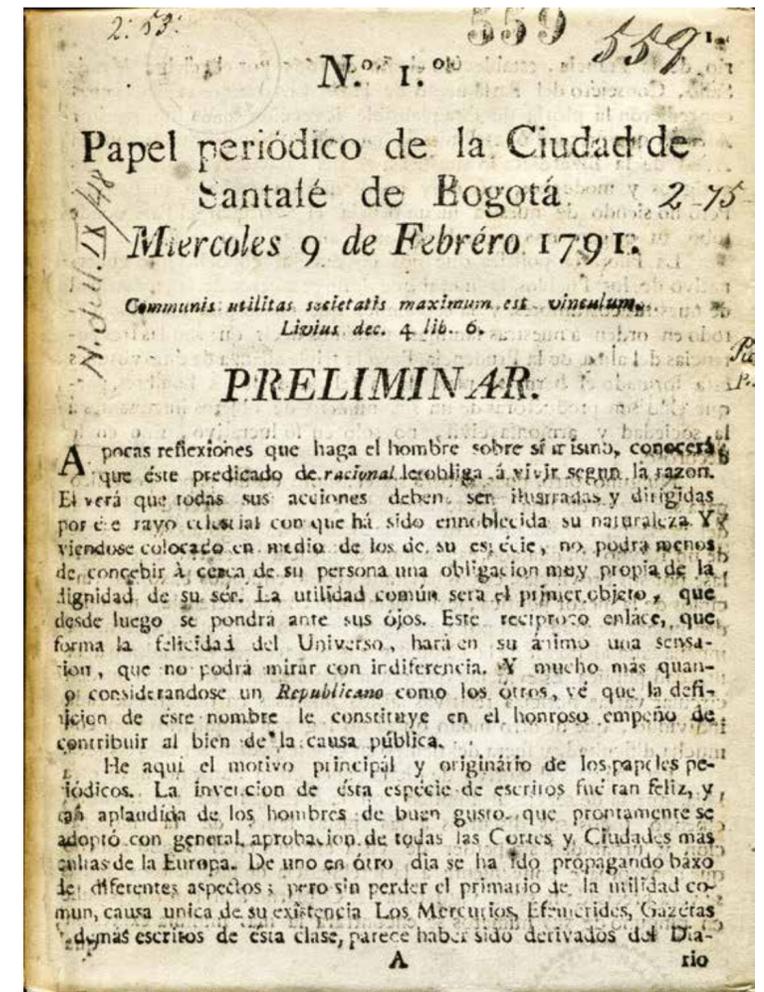
Es cuando Antonio Nariño fundó su famosa logia disfrazada de círculo literario, que denominó, como para que no quedara duda, El Arcano Sublime de la Filantropía. La francmasonería, vínculo de moda entre los intelectuales europeos, era una receta inglesa, con ingredientes franceses, para exportar la revolución. Los venerables maestros recorrían el mundo ayudados y protegidos por sus “hermanos”. Irreversibles causas históricas, sociológicas y económicas señalaban que la independencia de las colonias americanas era una realidad a corto plazo. Los objetivos secretos de

esta sociedad eran, pues, los de trabajar en forma decidida por la emancipación de la colonia. Allí se leían, comentaban, estudiaban, intercambiaban, prestaban, compraban y vendían, nuevos y usados, periódicos europeos y libros, muchos de ellos llegados de contrabando, por considerarse peligrosas las ideas de sus autores para la salvaguardia de la fe y la seguridad de la corona española. Nariño, sin duda, a más de autodidacta, era un apasionado de los libros, bibliófilo y bibliomano. Sus negocios de exportación de quinas, cacao y azúcares, aunados a su condición de heraldo de las ideas nuevas, lo iniciaron en el mercado de la letra impresa. Es seguro que al comienzo haya adquirido libros para acrecentar su importante biblioteca, heredada del padre y del abuelo, en donde solazaba sus horas de criollo distinguido y culto.

Buscando iniciar un negocio editorial en el virreinato, adquirió una imprenta, la célebre Patriótica, que de paso iba a utilizar para la divulgación de los principios revolucionarios. De esta prensa salieron la traducción de los Derechos del Hombre y varias hojitas y novenas, y otras obras importantes para la época. Y las ediciones del *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, desde el número 86 del 19 de abril de 1793 al 157, aparecido el 29 de agosto de 1794, día fatídico de su primer encarcelamiento. Tanto en la Imprenta Patriótica como en su casa de la Plazuela de San Francisco vendían los libros, junto con otros títulos, pues el periódico que ya se repartía entre los suscriptores a domicilio anunciaba esos lugares de venta, en avisos que así lo notificaban.

En julio de 1785 el virreinato fue sacudido por un terremoto que desbarató la capital. Nariño aprovechó la circunstancia para obtener permiso del Superior Gobierno de publicar un periódico o gaceta cuyo fin primordial era suministrar noticias acerca del movimiento sísmico. El periódico, editado en la Imprenta Real de Santafé, se llamó *Aviso del Terremoto en la Ciudad de Santafé* y circuló apenas tres días después de ocurrido el sismo con noticias de lugares remotos afectados, lo que todavía resulta inexplicable dada la lentitud con que se recorrían entonces las grandes distancias. Lo cierto es que el *Aviso del Terremoto* estaba al día en detalles y pormenores de los estragos causados por el terremoto en todos los rincones del reino, y eso le garantizó un éxito completo, gracias al cual Nariño logró permiso para continuar la publicación con el título de *La Gaceta de la Ciudad de Santafé*. Sin embargo, el Superior Gobierno desconfió de la publicación y la frenó, prohibiendo el acceso de papel periódico a la capital. *La Gaceta de Santafé* duró tres semanas y en ella, tanto como en el *Aviso*, Nariño mostró sus dotes periodísticas y de escritor.

En el semanario *La Bagatela*, que apareció el 14 de julio de 1811, periódico que se ha vuelto legendario, le



hizo oposición al presidente Jorge Tadeo Lozano, al que consideraba débil y bobalicon. Las campañas de *La Bagatela* tumbaron a Lozano y el pueblo aclamó a Nariño como nuevo Presidente de Cundinamarca. Publicó *Los Toros de Fucha* en 1823 para reclamar, como ya lo había hecho en 1794, el respeto a la libertad de expresión, amenazada por ciertas actitudes arbitrarias de Santander, su sucesor en la vicepresidencia de la República.

Afirma el periodista Javier Darío Restrepo que “entre el cubano, Manuel del Socorro Rodríguez y el santafereño Antonio Nariño, prefiero a éste como representante y ejemplo de mi profesión. Rodríguez, asalariado del Virrey Ezpeleta, pluma oficiosa del virreinato, celoso defensor de ideas no contaminadas por la revolución francesa y cronista de la vida de la sociedad santafereña en su

Papel Periódico de Santafé, en los nueve de febrero no les ha mostrado a los periodistas otra cosa que la colección de sus 265 publicaciones, con una prosa correcta y de una significación más histórica que personalmente intrínseca”.

El pasado del periodismo, representado en el *Papel Periódico*, es una memoria sin utopía, es decir, sin una invitación ni un entusiasmo para cambiar lo existente. No se trata de recordar lo que fue, sino de inquietarse por lo que pudo haber sido y por lo que tendrá que ser. Con Antonio Nariño, como figura ejemplar del periodismo, la conmemoración recupera toda su fuerza transformadora. “Nariño es más que una estatua honrada con coronas, es un desafío, una herencia, una línea truncada que impone el deber de continuar”, remata Restrepo.

Nariño fue un precursor del pensamiento y de la urgencia de la libertad,

un papel que hoy señala la diferencia entre la prensa inocua y prescindible, y la que se vuelve indispensable para vivir en libertad. La ley de prensa que creó el Día del Periodista alrededor de Antonio Nariño tiene ese solitario acierto que la redime. En efecto, el Día del Periodista no tiene por qué ser el homenaje a una memoria embalsamada; es un aprendizaje permanente de una lección indispensable: la de ser libres a cualquier costo. Con Nariño aparece el periodismo como un ejercicio de libertad.

Esa fue la intención del legislador al aprobar en la controvertida Ley 918 de 2004, que el Día Clásico del Periodista y el Comunicador fuera el 4 de agosto, “en conmemoración de la primera publicación de la Declaración de los Derechos del Hombre, realizada el 4 de agosto de 1794 por Antonio Nariño, Precursor de la Independencia”. ☺

lenteja express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

Domicilios Envigado 596-8890

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

10% OFF

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

siguenos

¿Quiere contactarnos para un proyecto web?

Diseñamos, desarrollamos, asesoramos, aconsejamos, participamos en conferencias o hacemos proyectos conjuntos.

...Y no descartamos un saludo, un café, un vino o unas cervezas!

contacto@cohete.net

Cohete.net



MED & REC

Un tour humeante por el mundo de la marihuana legal de Colorado

por LINA BRITTO

Fotografías por la autora



Si no supiera que es una especie de estigmo del cannabis dedicado a tocar a las puertas de los incrédulos para adoctrinarlos sobre el nuevo credo de la yerba panacea, juraría que está volando en perico. Habla de sí mismo y de su compañía sin pausa y a los gritos por un micrófono que tiene enganchado en su oído derecho y conectado a un parlante que cuelga de su pecho como crucifijo de arzobispo en procesión. Despotricando de las farmacéuticas, licoreras y tabacaleras nos arrea por los pasillos hospitalarios de la inmensa bodega en donde una sofisticada infraestructura le permite cultivar miles de clones de las mejores variedades que se consiguen en Colorado, estado pionero de la legalización total de la planta. Es el Hombre Medicina, uno de los primeros empresarios de la industria legal de la marihuana en Estados Unidos.

Llegamos hasta él en un bus limusina que desde el centro de Denver trasladó a 35 adultos envueltos en nubes de humo de joints, pipes, bongs y vapes hasta las afueras de la ciudad a ritmo de hip hop, surf rock y reggae. Nos recogieron al medio día en un restaurante de sánduches cuya misión públicamente declarada es calmar la *monchis*. Panama Red, Acatulco Gold, Thai Stick y otras variedades clásicas del mercado norteamericano sirven de nombres a los platos, junto a Kush, Dank, Bomb y otras denominaciones de especies hidropónicas o genéticamente modificadas. En una de las mesas, los guías del tour confirman documentos de identidad vigentes y recogen las declaraciones firmadas en las que los eximimos de cualquier responsabilidad por percances a nuestra salud o integridad.

Por el camino, los guías nos recuerdan que la altitud es traicionera y para asustarnos nos narran anécdotas de marihuanoes curtidos desplomándose como moscas muertas por páldas inesperadas a semejantes alturas. Sentada al fondo del bus, donde el humo se acumula en volutas, me dejo interrogar por mis vecinos. A mi lado tengo a un hombre de unos cincuenta años que viaja junto a su esposa y dos hijos adolescentes. Viene desde California, estado que en las elecciones presidenciales de noviembre aprobó la legalización total de la yerba, porque están a punto de alquilar su finca a terceros para el cultivo de marihuana. Y mientras él rechaza cada baretto, pipa y vaporizador que pasa encendido por sus narices, el resto de los miembros de la familia los reciben complacidos. “Primera vez que veo a mi esposa y a mi hija trabándose”, me confiesa. “Go ahead, sweetie”, le grita a su mujer y ella le sonrte traviesa.

A mi otro lado, un hombre de unos 32 años come su sánduche para la *monchis* a pesar de que no ha consumido nada. No vino por placer sino por trabajo, explica entre mordiscos. Abogado de finanzas experto en asesorar a compañías de marihuana, viaja por el mundo desde Canadá, donde la medicinal es legal pero pronto lo será también la recreativa, estudiando casos específicos. “Denver es pionero”, me dice, y “Uruguay es lo más raro”, agrega sin darme detalles, más interesado en su *roast beef* que en la conversación.

A las puertas del cultivo, el Hombre Medicina grita “*med & rec*” por su parlante portátil. Una vez más está chicaneando con su dinero, explicando atropelladamente cómo tanto con la marihuana medicinal como con la recreativa se ha hecho a una fortuna que parece salida de una traba delirante. La prueba de su éxito es que ahora se puede dedicar exclusivamente a jugar en casa con simuladores de vuelo y de combate, y de vez en cuando realizar su “verdadera vocación” que no es otra que “educar al público”—como le llama a darse pantalla en los grandes medios y en las redes sociales, cual Kardashian del Hollywood canábico—. El estrés diario de administrar una de las más grandes productoras y dispensarios de Estados Unidos, afirma, se lo deja a los nueve miembros de su familia con los que preside la compañía.

Su personalidad grita “nuevo rico” en todos los tonos, pero es su trayectoria la que lo confirma. Obrero de construcción que en 2008 olfateó una mina de oro en la nascente industria legal de la marihuana medicinal y se aventuró a hacer una serie de microprestamos para montar un pequeño cultivo bajo techo y abastecer Denver, la capital del estado. Le bastaron un par de años para que la creciente demanda lo llevara a posicionarse firme en el negocio hasta que la legalización de la marihuana recreativa en 2014 le permitió crecer exponencialmente.

Desde la millonaria sede en la que opera actualmente resiste los vaivenes del declive, primeras señales de que la demanda alcanzó su pico máximo y ahora busca estabilizarse. “En los próximos meses veremos muchas quiebras”, advierte, porque miles se han arriesgado con grandes inversiones sin prever la saturación de la oferta. No es su caso, afirma, pues su temprana irrupción combinada con la integración vertical que la legislación exige (todo aquel que la produce debe también comercializarla al detal), lo obligó tempranamente a hacerse autosuficiente en lo financiero e innovador en lo tecnológico, abriendo un nicho propio con variedades únicas, orgánicas y altamente modificadas.

Nos da como ejemplo las hojitas que remoja frente a nosotros. “Productividad, velocidad y sabor”, reza las tres variables de la ecuación. Durante las fases de experimentación en los años de inicio, o ahora cuando busca introducir una nueva variedad en el menú, siembra sin semillas, solo las ramitas cortadas de las mejores plantas en bagazo de coco y nutrientes controlados al milímetro. Una vez estas echan raíces y alcanzan medio metro de altura, aniquila a los machos y traslada a las hembras a las salas de florecimiento. Unas 108 matas salen a diario del vivero hacia la primavera eterna. Con luces, aires acondicionados, ventiladores y un coctel de nutrientes que varía según la finalidad y el momento de desarrollo, finge un microclima primaveral que las hace florecer más allá de sus proporciones naturales. Entre podas para preservar los moños intactos, comienza la cata en busca de las que dan más cantidad a mayor velocidad y con mejor sabor. Las seleccionadas pasan a cosecha y clonación, es decir, recoger las flores para fumar o vaporizar, procesar las hojas llenas de resina para aceites y otros productos y hacer el corte de las ramitas con las que se da inicio a un ciclo idéntico al anterior.

En sus dispensarios vende el setenta por ciento de su producción y comercializa los dulces, chocolates, ungüentos, aceites y demás productos de otras compañías, algunas de ellas trabajan con insumos salidos de su fábrica. En dos secciones custodiadas por hombres de seguridad con armas automáticas al cinto y actitud de veteranos de alguna guerra imperial en el Medio Oriente, el Hombre Medicina vende “med” a un lado y “rec” en el otro, ambas con menús diseñados, cual *sommelier* de restaurante francés. Sobre el límite que separa ambas secciones me advierte, con el micrófono apagado pero el parlante aún en el pecho, que transportar yerba o comestibles por fuera del estado de Colorado es delito federal. “En el equipaje de mano te cogen inmediatamente”, y me mata el ojo, “*you know what I mean*”. Como creo saber exactamente qué quiere decir, le doy las gracias y me dirijo a la zona “rec”.

En el bus limusina, el humo y los ánimos se han asentado. Los guías, advirtiendo el descenso del vuelo, van por el corredor del medio con bolsas de gomitas en forma de ositos en las manos: “*regular sweets, regular sweets, regular sweets*”, van repitiendo. Nos devoramos los dulces animalitos entre bostezos y bajo el sol poniente sobre las Rocosas nevadas. ☺



MUSEO D ANTIOQUIA

AÑOS COLOMBIA FRANCIA 2017

FRANCIA(S) TERRITORIO LÍQUIDO

8 DE FEBRERO // 16 DE ABRIL DE 2017

¿Qué significa pertenecer a un territorio?

20 fotografías francesas contemporáneas responden desde las particularidades de sus miradas.

EVENTO ORGANIZADO EN EL MARCO DEL AÑO COLOMBIA-FRANCIA 2017

GOBIERNO DE COLOMBIA TODOS POR UN NUEVO PAIS INSTITUT FRANÇAIS ACCORHOTELS VEOLIA VINCI ROMA

www.museoantioquia.co

Clases Personalizadas de Inglés y Español

PERSONALISED SPANISH & ENGLISH CLASSES

Traducciones del Inglés al Español y del Español al Inglés. Translations from English to Spanish and from Spanish to English. Visitas guiadas en Medellín y sus alrededores. Guided tours in Medellín and its surrounding towns.

Luz Piedad Gonzalez

321.888.2506 • luzpgonzalez@gmail.com

Profesora Licenciada UPB

El Túnel

Café y Cocina

Lunes - Sábado 12:00 m. a 10:00 p.m. Cra 42 #54-62 Teléfono: 2396536

¡ESTE ES EL BARRIO DE TODOS!

CAMINÁ PA'L CENTRO

MARZO 31 - ABRIL 1 Y 2

FACEBOOK: @CAMINAPALCENTRO - TWITTER: #CAMINAPALCENTRO



No esconda
la lata

La bolsa plástica recuerda el Sacol

La bolsa de papel es para las empanadas

El vaso ensucia lo que queda

La pola al aire cuesta \$ 196.725

Pinte la lata

*Envíenos la foto de sus latas a universocentro@universocentro.com.
Llévelas a El Guanábano o La Pascasia. Las páginas centrales de nuestro próximo número tendrán las mejores versiones.

EMBUTIDO ARTESANAL



Itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA
Carrera 42 # 54-60

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

CURSOS DE
CAFÉ Y BARISTA

INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS
Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café
☎ 316 668 11 82

maxicafemedellin@gmail.com
Maxi café - Cursos Asesorías
Eventos - Medellín
maxicafemedellin

color indigo
Diseño Gráfico - Imagen - Publicidad
Diseñado por
www.color-indigo.com

En el Parque de los Deseos existe un planeta (Kaldi) y es delicioso ...



Empanada Argentina Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.
Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

salon a trigo y aroma de café

vartex

5

Muestra de video
y experimental
Medellín, 24 al 28 de abril

www.vartexmedellin.com

Organiza cinéfagos.net En asocio con

ColomboAmericano Medellín Apoya VSA.LAB ANTIOQUIA INDIVIDUAL

Chicago

Carnicero del Mundo
Fabricante de Herramientas, Estibador de Trigo,
Jugador de Ferrocarriles y Faquín de la
Nación...

¡Tempestuosa, robusta, vocinglera
Ciudad de Anchos Hombros!

Me dicen que eres perversa y lo creo, porque he
Visto, bajo los faroles de gas, a tus mujeres
Pintadas al acecho de jóvenes granjeros.

Me dicen que eres falsa, y yo contesto:
Sí, es verdad, porque he visto a los pistoleros
Matar y luego ser puestos en libertad

Para que sigan matando.
Me dicen que eres brutal, y yo contesto:

He visto el estigma del hambre
En rostros de mujeres y niños.

Y una vez contestado esto, me vuelvo
Hacia aquellos que se mofan de mi ciudad y,
Después de devolverles la mofa, les digo:
Acercaos y mostradme alguna otra ciudad que

Cante, con la cabeza tan erguida, su orgullo de
Vivir, y que sea tan soez, fuerte y graciosa.

Lanzando magnéticas blasfemias mientras se
Entrega a sus faenas, he aquí un alto y audaz

Muchacho asentado vívidamente
Contra las blandas y pequeñas ciudades;

Fiero y sacando la lengua como un perro
Acometedor, astuto como un salvaje en lucha

Contra el desierto,
Destocado,
Paleando,
Demoliendo,
Planeando,

Construyendo, hundiendo, reconstruyendo.
Bajo el humo, con polvo en la boca, riendo

Con sus blancos dientes,
Bajo el terrible fardo del destino, riendo

Como ríe un muchacho,
Riendo como ríe un ignorante luchador

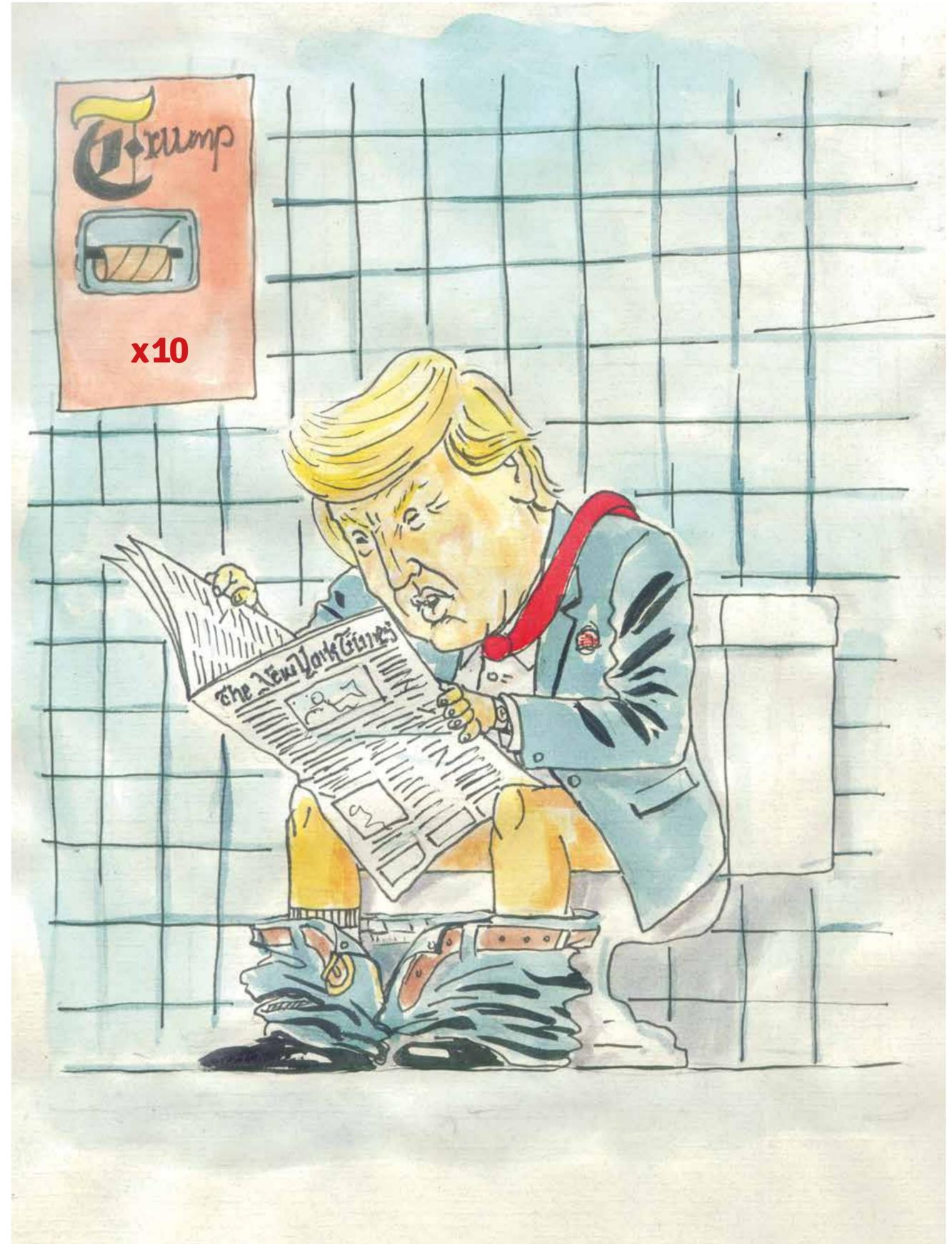
Que no ha perdido nunca un combate,
Fanfarroneando y riendo porque en su muñeca

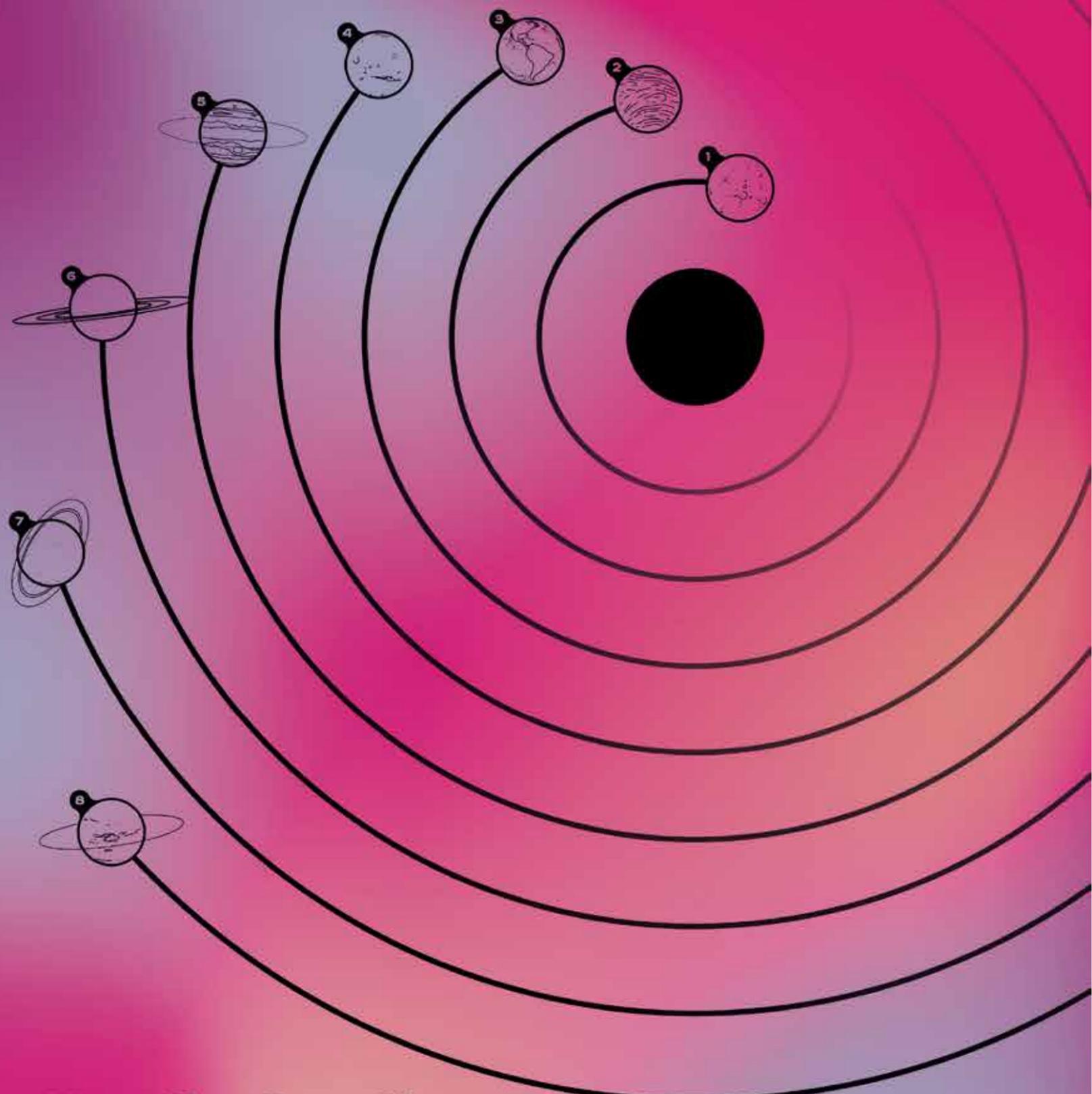
Late el pulso y bajo sus costillas se mueve
El corazón del pueblo

¡Riendo!

Riendo con la tempestuosa, ruda y fuerte risa de la Juventud,
medio desnudo y sudando, orgulloso de ser el Carnicero del Mundo,
el Fabricante de Herramientas, el Estibador de Trigo, el Jugador
de Ferrocarriles y el Faquín de la Nación.

Carl Sandburg, 1914.





*Nuevo Show Domo Planetario
A partir de febrero 25*

HELIX

VIAJE POR EL VECINDARIO SOLAR

Narrado por Kepa Amuchastegui